

EL COMPAÑERO QUE ME ATIENDE

Enrique Del Risco Arrocha (La Habana, 1967). Graduado de Licenciatura en Historia de Cuba (Universidad de La Habana, 1990) y de Doctor en Literatura Latinoamericana (New York University, 2005). Su tesis de doctorado fue publicada en forma de libro con el título de *Elogio de la levedad. Mitos nacionales cubanos y sus reescrituras literarias en el siglo XX* (Madrid, 2008). Coeditó la antología *Pequeñas resistencias 4: Antología del Nuevo Cuento Norteamericano y Caribeño* (Madrid, 2005). Es autor de libros de narrativa como *Pérdida y recuperación de la inocencia* (La Habana, 1994), *Lágrimas de cocodrilo* (Cádiz, 1998), *Leve Historia de Cuba* (Los Ángeles, 2007), *¿Qué pensarán de nosotros en Japón?* (Sevilla, 2008, V Premio Iberoamericano Cortes de Cádiz) y *Siempre nos quedará Madrid* (Nueva York, 2012).

Enrique Del Risco (ed).

EL COMPAÑERO QUE ME ATIENDE



De la presente edición, 2017:

- © Enrique Del Risco
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Selección y edición Enrique Del Risco
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-10-2

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

... todos le llamaban así, «el compañero que atendía», y todos sabían quién era, pues parecía importante que todos supiéramos de su existencia difusa pero omnipresente...

Leonardo Padura, *El hombre que amaba a los perros*,
Tusquets Editores, Barcelona, España, 2009

PRÓLOGO

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo el guardián—. ¡Cómo le cuesta entrar en razón! Se diría que solo busca irritarnos inútilmente, a nosotros que, sin embargo, somos en este momento las personas que mejor le quieren.

Franz Kafka, *El proceso*

¿Cómo se escribe en un mundo en el que cada escritor, cada ciudadano incluso, tiene un policía secreto de cabecera? La respuesta en el caso cubano está en cada libro escrito en la isla a partir de 1959, en cada compromiso estentóreo, en cada silencio, según lo que imponga el momento. Este libro trata de responder algo levemente distinto. Intenta exponer cómo se escribe sobre ese policía de cabecera, un ser que presume de invisibilidad. Si la obligación más constante de un escritor fuera hacer visible lo invisible, concordaríamos en que describir a ese ente encargado de vigilar nuestros pasos —sobre todo los pasos en falso— es un esfuerzo esencialmente literario.

Porque —lo aclaro de antemano— este libro no es un memorial de agravios. En el caso cubano, en la lista de los agraviados por un régimen que está cerca de completar su sexta década, los escritores puntúan más bien a la baja. Comparados con otros sectores de la sociedad, hasta podría decirse que han recibido un trato preferencial, escrupuloso. Lo que intenta este libro es recopilar una mínima parte de las aportaciones cubanas a un género anunciado ya por Kafka desde las primeras páginas de *El proceso*. Esa primera oración que informa que K., «sin haber hecho nada malo, fue detenido una mañana». Un género caracterizado por la ausencia de crimen y por lo difuso, al menos en sus etapas iniciales, del castigo. Y por las peculiares relaciones entre los supuestos criminales y los agentes de la ley, agentes menos preocupados por el castigo de sus perseguidos que por su salvación. Hasta donde sé, nadie se ha tomado el trabajo de definir el género. Bauticémoslo de momento como *género totalitario policiaco*. No confundir,

por supuesto, con el policiaco totalitario, versión totalitaria del policiaco occidental o, si se prefiere, versión policiaca del realismo socialista. Fue este muy popular donde quiera que se instaurara la dictadura del proletariado. A ese realismo socialista policial o policiaco totalitario —como prefiera llamársele— se le encomendaba convertir en narrativa los sueños del Estado sobre su propia invulnerabilidad: un género que concebía todo crimen común como ataque al pueblo en el poder y, por consiguiente, un acto contrarrevolucionario.

El género totalitario policiaco, en cambio, parte de la convicción (estatal) de que toda disidencia contra el Estado socialista no solo es criminal y punible sino contra natura. En este género, el agente del orden no persigue el crimen, sino su posibilidad. O dicho con las palabras de uno de los guardianes de K.: «El organismo para el que trabajamos, por lo que conozco de él, y solo conozco los rangos más inferiores, no se dedica a buscar la culpa en la población, sino que, como está establecido en la ley, se ve atraído por la culpa y nos envía a nosotros, a los vigilantes». Más que el delito, lo que investiga y persigue es una culpa preexistente al delito mismo. Esa culpa (o «pecado original» al decir del Che Guevara) consistía en «no ser revolucionario». O si nos remitimos a una terminología todavía más refinada y condescendiente que marcó época, dicha culpa radicaba en «no estar integrado». Si no se les podía exigir a todos los ciudadanos que fueran revolucionarios («el eslabón más alto que puede alcanzar la especie humana» Che *dixit*) lo menos que podía pedírseles era «estar integrado». Integrado, se sobreentiende, a los rituales políticos y sociales del Estado.

¿ALGUIEN DIJO «TOTALITARISMO»?

Antes de internarnos en la descripción de este género, demos explicación del continuo uso de términos tan desagradables como totalitario y totalitarismo. Aquí se entiende totalitarismo en la económica definición de Umberto Eco que lo describe como «un régimen que subordina todos los actos individuales al estado y su ideología». O que, añadido, si no logra tal subordinación, al menos la pretende. Es justo en esa incapacidad de desentenderse de asuntos tan triviales como escuchar música o cortarse el pelo que estriba su vocación totalitaria. Más allá de la satanización que han sufrido estos términos (con los millones de muertos de Stalin y Mao en nombre de la revolución mundial y los de Hitler en nombre de la superioridad de la raza aria) nos interesa el totalitarismo en su aspecto utópico y positivo, preci-

samente por la aspiración a la totalidad y a la perfección que el término sugiere. (Del negativo se encargan multitud de volúmenes, como si pudiera atribuírsele la invención del mal. Y sabemos que no es así: el totalitarismo no ha creado el mal, apenas lo ha organizado como nunca antes). Hablo del siempre estremecedor intento de crear mundos en los que, al decir del poeta Emilio García Montiel, «Todo era hermoso: desde el primer ministro hasta la muerte de mi padre. Y perfecto, como debían ser los hombres y la Patria». Debe recordarse que el objetivo primordial de estos regímenes no era la opresión o el exterminio de personas o grupos, sino la emancipación y el bienestar, ya fuera de una raza o de toda la humanidad. La opresión o el exterminio serían apenas un subproducto doloroso, pero inevitable, del avance hacia dicho objetivo. Y el primer obstáculo con el que debe lidiar un régimen que aspire a una perfección tan completa son las imperfecciones y la corrupción humanas. O como dijera el fallecido paladín Fidel Castro: «el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir. Y frente al derecho de la Revolución de ser y de existir, nadie —por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la nación entera—, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella».

Es obvia la ventaja del ideario comunista frente al provincianismo nazi. Siendo los comunistas la vanguardia de la humanidad en su marcha hacia la Tierra Prometida de la sociedad sin clases, resistirse a su avance era sencillamente inhumano: una inhumanidad creada y estimulada por las sociedades basadas en la explotación del hombre por el hombre. Así que, una vez instaurado el Estado socialista, cualquier tipo de oposición o resistencia era inconcebible. Inconcebible por ser contraria a la propia naturaleza humana, una naturaleza que el socialismo había conseguido restablecer.

No pretendo decir que alguna sociedad totalitaria funcionó realmente así. Solo intento resaltar la naturaleza paternalista de cualquier régimen totalitario, su dedicación profunda al bienestar de la humanidad. Aunque esta no lo quiera. De ahí que, una vez eliminada la clase opresora, corrupta sin remedio, la policía secreta insista en la bondad intrínseca de los sospechosos, achacando sus desvaríos a simple y pura confusión. Esa concepción totalizante explica que la policía secreta racionalice sus acciones como un intento de redimir a sus investigados, devolverlos a su natural pureza. Aunque hubiese que castigarlos. (En *1984*, un clásico del género totalitario policiaco, el interrogador le advierte al interrogado: «Eres un caso difícil. Pero no pierdas la esperanza. Todos se curan antes o después. Al final, te mataremos»). El problema de los culpables no es la ley, puesto que la ley

no legisla qué música debe oírse, qué chistes deben contarse o con quién puedes reunirte. Su culpa radicarán en ellos mismos: en sus distracciones o desvíos, en su falta de atención hacia sí mismos y hacia su entorno. Uno de los agentes que participan en el arresto de K. trata de «aconsejarle que piense un poco menos en nosotros y que se vigile a sí mismo un poco más». Al fin y al cabo, si a lo que aspira una ideología es a la perfección social e individual, no hay mejor vigilante que uno mismo. Pero por muy buena opinión que un Estado tenga de sí y de la población a la que asiste y encamina, a veces la voluntad de sus ciudadanos no es suficiente: los elementos descarriados necesitan atención y estímulo. Ahí es donde entra en escena la figura legendaria del compañero que nos atendía. Que probablemente nos siga atendiendo.

UN PERSONAJE MITOLÓGICO

Allí donde los personajes de Kafka actuaban a ciegas, los del socialismo real (o del totalitarismo real) se manejan con bastante más seguridad, asistidos por una sólida red de sobreentendidos. No se preguntan, como lo hacía Joseph K.: «¿Qué clase de hombres eran aquellos? ¿De qué hablaban? ¿A qué servicio pertenecían?». Ni al reunir un poco de valor le espetan a su interrogador: «¿Quién me ha acusado? ¿Qué organismo tramita mi proceso? ¿Es usted funcionario?». Tampoco se cuestionan la ausencia de uniforme. Todos saben que se trata de «el compañero que te atiende». «En Cuba [explica el poeta Manuel Díaz Martínez en un texto que es parte de este libro], cada escritor o artista de alguna significación tiene asignado un policía, un «psiquiatra», especie de confesor a domicilio, por lo general con grado de teniente, que vigila, analiza y orienta a su oveja para salvaguardarla de las tortuosas seducciones del lobo contrarrevolucionario». Solo que, llegado a un punto, no se requería ser escritor o artista ni tener «alguna significación». Ya ellos se encargarían de decidir si uno tenía o no significación alguna. A sus «atendidos», en cambio, no les cabía duda lo que significaba la presencia del «compañero». Quien tenían enfrente ya se había anunciado antes por alguna de las tantas series televisivas, películas y libros destinados a exaltar la labor del Departamento de Seguridad del Estado. Que no tuvieran la galanura y prestancia de los actores que encarnaban los agentes ficcionales era lo de menos. Su mera presencia hacía redundantes casi todas las preguntas de K. Ni siquiera tenía sentido preguntar por el delito cometido. En un Estado tan urgido de perfecciones cualquier cosa es delito y, en

el gran esquema de las cosas, todos somos de alguna manera culpables. Y la mejor prueba de la culpabilidad propia es que el compañero que te atiende ha decidido hacerse visible. Porque hubo una época —época mucho más espiritual que la actual, queridos jovencitos— en la que cada región o institución del Estado estaba atendida por algún compañero de camisa a cuadros o guayabera y bigote espeso. Agentes que no disimulaban demasiado su presencia. O más bien personajes que trataban de hacerse todo lo visibles que podían dentro de su supuesto anonimato. Eran parte de nuestra realidad, como los árboles a la entrada de una escuela: igual de inadvertidos, solo que con más movilidad y menos sutileza. Hasta que les llegaba la ocasión —que iba desde una minúscula pintada disidente en el baño común hasta la urgencia del agente por cumplir sus cuotas de reclutamiento— de hacerse visible ante algún elegido. Por lo general, no se hablaba de arresto, esa instancia claramente definida en la nebulosa novela de Kafka. Para ello siempre habría tiempo, parecían decirte con su estudiada paciencia. Sus palabras iban más bien en sentido contrario. Trataban de convencerte de que no eras culpable, al menos no demasiado. Que el Estado o la Revolución, decían, confiaba en ti, que conocía todos tus pasos y era comprensivo con tus faltas y, precisamente por eso, solicitaba tu ayuda. «De vez en cuando, este «hermano de la costa» [nos advierte Díaz Martínez] confía alguna misión sencilla a su pupilo o pupila para comprobar su fidelidad a la patria, es decir, a Fidel, ya se sabe».

Sin pretender ser experto en el tema, conozco de suficientes casos en los que la esperanza de colaboración era lo bastante baja como para dudar de que se la tomaran en serio. Simplemente buscaban advertirte de su presencia. Evitarte que los obligaras a actuar de manera más drástica. De ahí que los que escogían como «objetivos» no fueran ni los que consideraban inofensivos ni los que ya imaginaban en el campo enemigo. Para los primeros bastaba con la guía y consejo de organizaciones públicas. En cuanto a los segundos, suponían que las advertencias no servirían de mucho, de modo que esperaban la ocasión de darles un buen escarmiento bajo la forma de detención preventiva o algo peor.

Muchos de los que no hayan conocido el sistema y no se hayan visto arropados por su manto protector, se sentirán tentados a compararlo con el que impera en las sociedades llamadas democráticas o, con algo más de razón, en los regímenes autoritarios no totalitarios. Pero las diferencias entre un sistema y otro son abismales. Por mucho que Foucault se haya empeñado en descubrir en las llamadas democracias liberales una suerte de Auschwitz metafórico, dotado de panópticos y vigilantes invisibles, la

cotidianidad totalitaria hace inservibles las metáforas del francés sobre la vigilancia y el control. No solo porque el vigilante en las sociedades comunistas se haga visible de vez en cuando y extraiga de esa visibilidad momentánea buena parte de su poder coercitivo. Téngase en cuenta que al hacerse visible se asiste a la revelación de lo que constituye la base del poder, ese *iceberg* que en la superficie se manifiesta en forma de desfiles multitudinarios, frenéticos apareamientos entre el líder y la multitud, y en la incansable esperanza en un futuro mejor.

En contraste con las manifestaciones públicas la base del *iceberg* totalitario está constituida por un entramado de secretos, de delaciones, del conocimiento íntimo que tiene el poder de ti y de los que te rodean, de tus miedos y paranoias. A ello se añade el asfixiante estado de indefensión frente a ese poder, la desesperanza ante la posibilidad de cambio y la sospecha de que cualquiera podría ser informante o colaborador del sistema. El panóptico de Bentham y Foucault es multiplicado en el Estado totalitario por miles de ojos que vigilan cada uno de tus gestos, miles de lenguas que hacen llegar toda esa información a oídos del compañero que te atiende. Y por el temor omnipresente a la existencia del algún micrófono oculto. No por gusto comenta Gerardo Fernández Fe que «el micrófono —incluso el que deviene mental— ha quedado para nuestra historia nacional como ese punto diminuto que favorece la relación de poder que va del tirano hasta el poeta, penetrándolo, para luego domarlo o expulsarlo». Pero más abrumador que todo lo anterior resulta la convicción que intentan inocularte de que solo hay dos campos posibles: el territorio amigo, que está encabezado por el líder y custodiado a retaguardia por los compañeros que te atienden, y el enemigo, encabezado por el presidente de turno de los Estados Unidos y apoyado en la sombra por agentes encubiertos que al menor descuido podrían captarte. De modo que la mejor manera de inmunizarte contra los avances del enemigo será convertirme en informante de los órganos de seguridad. Lo que en circunstancias normales parecería hundirte en la perdición (consumir productos prohibidos, reunirte con gente equivocada), como informante significa avanzar hacia la primera línea de defensa de la patria. A partir de ahí, cualquier liviandad ideológica que te permitas será vista, en el universo paralelo de la contrainteligencia, como un sacrificio en pro del bienestar común. Ni la Iglesia medieval conoció de tantas sutilezas teológicas.

Lo anterior es la descripción del funcionamiento de la sociedad bajo la perspectiva ideal de la Seguridad del Estado. No obstante, en el mundo ideal de la propaganda totalitaria, no serían necesarios siquiera los órganos

de inteligencia. En condiciones ideales, el pueblo mismo se bastaría para dar cuenta de cualquier avance del imperialismo. (Esa misma lógica ideal domina todavía el tratamiento a los opositores. La primera línea de defensa es negar su existencia. Cuando no queda más remedio que reconocerlos, se les declara mercenarios al servicio del enemigo: en un sistema que es todo justicia no se concibe que haya gente que disienta radicalmente de este si no es alentada por el enemigo externo. Por los motivos más sórdidos e interesados posibles. Bajo esa misma lógica del absoluto, los cuerpos represivos denominados Brigadas de Respuesta Rápida representan al pueblo organizado espontáneamente en defensa de sus intereses. Los malabarismos a que se acude para mantener tales ficciones son increíblemente ridículos y poco convincentes. Sin embargo, sirven para proteger otras ficciones bastante más decisivas, como la de un poder que se justifica en la defensa del país frente al ataque de mercenarios apoyados por sus enemigos externos).

FICCIONES

Y, hablando de ficciones, volvamos al objetivo fundamental de este prólogo: explicar y justificar el género que intenta reunir esta antología. Aclaremos que el género totalitario policiaco se distingue del policiaco totalitario (o socialista, si lo prefieren) en haber sido una experiencia que, por lo regular, demoró bastante en convertirse en literatura. El policiaco totalitario, en cambio, es una literatura que aspira a convertirse en realidad. Ni más ni menos que lo que pretende la ideología que lo inspira.

Excepcionales por su precocidad son algunos de los títulos más emblemáticos del género totalitario policiaco como *El proceso* de Kafka o *1984* de Orwell. Después de todo, como reconoce el personaje K., este vive en «un Estado constitucional». Por su parte, el autor de *1984* lo más cerca que estuvo de conocer un régimen totalitario por dentro fue durante las represiones comunistas contra los anarquistas en la retaguardia republicana de la Guerra Civil española. Pero, a pesar de su brillantez, ambos textos pueden parecerle, a quien ha vivido en el interior de un régimen como el que describen, inconsistentes a la hora de representar la verdadera textura totalitaria. Incapaces de captar esa mezcla entre una vigilancia y control eficaces con la chapucería inherente al sistema en su conjunto. En cambio, dicha textura sí se percibe en los cultores autóctonos del género. Ya sean rusos, checos, polacos, rumanos o alemanes orientales. (Resulta paradójico que los norcoreanos, quienes han alcanzado un mayor grado de perfección

totalitaria, hayan contribuido tan poco al género. Paradójico, pero perfectamente explicable). Desde los libros de Mijaíl Bulgákov a los de Vladímir Voinóvich y Mijaíl Kuráyev o el monumental *Los archivos literarios de la KGB* de Vitali Shentalinski en la Unión Soviética; de las obras de teatro de Sławomir Mrożek a las películas de Andrzej Wajda en Polonia; de los libros de Kundera, Iván Klíma, Havel o Vaculik —su título *Una taza de café con mi interrogador* resume muy bien esa pegajosa textura totalitaria— a varias películas de la Nueva Ola en Checoslovaquia; desde la escritora Herta Müller al cineasta Cristian Mungiu en Rumania. En fechas más recientes, el cine alemán ha producido ciertas obras que incursionan en el género, pero a la más famosa de ellas, *La vida de los otros*, vuelve a escapársele la fórmula exacta de la textura totalitaria, su rara excelencia en un sistema esencialmente chambón, una película que termina debiéndole más a Orwell —si creemos a Orwell capaz de tanto sentimentalismo— que a la realidad de la desaparecida RDA.

Entre cubanos ocurre algo parecido. Textos precursores de este género, como el cuento «Aquella noche salieron los muertos» (1932) de Lino Novás Calvo, o la obra de teatro *Los siervos* (1955) de Virgilio Piñera, publicados antes de que el totalitarismo se instalase en la isla, padecen de limitaciones similares. Así, a pesar de la brillantez con que Novás Calvo dibuja la dinámica totalitaria, o la descripción del absurdo de sus pretensiones ideológicas en el caso de la obra de Piñera, a ambos se les escapa algo del sabor esencial, del tejido de la rutina totalitaria. Pasarán unos cuantos años para que consigan describir dicha textura autores como Heberto Padilla (*Fuera del juego, La mala memoria*, «otro de esos libros atestados de micrófonos y de suspicacias que los estados policiales terminan generando» comenta Gerardo Fernández Fe), Guillermo Cabrera Infante (*Mapa dibujado por un espía*), Reinaldo Arenas (*El color del verano, Antes que anochezca*), Eliseo Alberto (*Informe contra mí mismo*), Jesús Díaz (*Las palabras perdidas*), Juan Abreu (*A la sombra del mar*), Roberto Valero (*Este viento de cuaresma*), Miguel Correa (*Al norte del infierno*) o hasta el propio Piñera. Este lo intentó primero en su obra teatral *La niñita querida* y, poco después, en la novela *Presiones y diamantes*. Todos coinciden en incluir los componentes centrales del género totalitario: la vigilancia ubicua, el miedo, la sospecha y la paranoia generalizados, la relación pegajosa y muchas veces ambigua entre vigilados y vigilantes («somos en este momento las personas que mejor le quieren» dice un guardián de *El proceso*), el contraste entre la miseria del sistema y la opulencia de la represión, su absurdo inagotable.

Aviso, no obstante, que el esfuerzo de esta antología por convertir lo totalitario policiaco en género literario pasa por reconocer que, más allá de la

unidad temática, del similar recuento de vicisitudes, poco tienen estos textos en común. Lo totalitario policiaco, tal como lo concibe esta antología, incluye cualquier variante de lo literario: de la poesía a la prosa, de la ficción a la no ficción, del cuento a la novela, a la obra teatral o a las memorias. También habrá que reconocer que pese a lo extenso de la experiencia, son relativamente pocos los cultores del género a nivel mundial. Y eso se explica por lo poco rentable que siempre ha resultado abordarlo en medio de un régimen totalitario (pregúntenles a los norcoreanos) y lo anacrónico que resulta una vez que este ha desaparecido, dejando un rastro de pesadilla tan ardua de explicar como de comprender. En ese sentido, la extensa antología que presento a su consideración es, cuando menos, una anomalía.

ESTA ANTOLOGÍA

Debe aclararse de entrada que esta es una antología voluntaria. O sea, fueron los propios autores, no sus familiares o albaceas, los que en pleno uso de sus facultades mentales (es un decir) enviaron sus textos. Fueron los autores quienes encontraron alguna afinidad entre sus textos y el tema propuesto. Este requisito de la voluntariedad excluye automáticamente a:

1. los muertos
2. los que incluso habiendo escrito textos que pudieran entrar con pleno derecho en esta antología no desearon participar en ella
3. los que por mero descuido del antologador no fueron invitados

Esta antología incluye textos escritos para la ocasión y otros que ya habían sido escritos o incluso publicados antes. Esta antología cumple así con dos necesidades distintas pero no incompatibles entre sí: la de reunir bajo un mismo marco temático textos dispersos y la de ofrecerles la oportunidad a ciertos autores de compartir historias que esperaban una ocasión como esta para ser contadas. Esta antología no solo resalta por la variedad de géneros (relatos cortos, fragmentos de novelas, poesía, ensayo, teatro) o de estilos, sino por la diversidad de perspectivas sobre un tema en apariencia tan restringido. Entre tanta queja acerca de la decadencia de la literatura nacional, anima descubrir que maneras tan uniformes del acoso encontrarán respuestas tan distintas, tan personales. Así, estas páginas también ensayan una defensa de la individualidad, tanto en el plano sensible como en el creativo. Nos permiten ver cómo, ante la invasión continua de lo privado

y lo íntimo hasta casi anularlo, los escritores han respondido como mejor saben hacerlo: con esa mezcla de obstinación y orgullo que les permite enfrentarse a sus miedos con plena confianza en un sentido (estético o hasta ético) que trasciende las rutinas de la opresión.

El orden a que se atiene esta antología intenta ser cronológico. No se trata de ordenar los textos de acuerdo a la edad de los autores sino al proceso de construcción de dos sujetos: el de los compañeros que atienden y el de los atendidos. Porque por mucho que nos empeñemos en ver una continuidad sin fisuras en el sistema cubano, al menos respecto a los sujetos en cuestión habrá que reconocer una evolución histórica. En la primera parte (1959-1979) se da cuenta de una época en que el sistema daba sus primeros pasos y le eran ajenas ciertas sofisticaciones. Los agentes no tenían otro encargo que la vigilancia y la represión directa («Impala»). De lo que se trataba era de definir si el sujeto se encontraba «dentro» o «fuera» de la Revolución. Si se determinaba que estaba «fuera», no cabían otras opciones que la cárcel, los campos de concentración al estilo de las UMAP o el exilio («Prólogos»). Fue más tarde, cuando el sistema se sintió lo suficientemente fuerte como para no concebir siquiera un exterior a sí mismo, cuando ya la Revolución lo era «todo», que empezaron a cobrar sentido las «atenciones» de los «compañeros». Ya no se trataba solo del oficial operativo que decide el momento adecuado de actuar contra determinado sujeto, de sacarlo del juego. «El compañero que atiende», ese eufemismo que a la vez sirve de sinécdoque totalitaria, es un momento posterior y superior de la llamada Revolución Cubana. El momento en que, delimitado con claridad el campo amigo del enemigo, y tras el práctico exterminio del segundo a través de la cárcel, el exilio o la marginación programática, todavía queda una zona que, sin dejar de ser considerada parte del campo propio, necesita ser reencauzada, recibir de vez en cuando un llamado de atención.

Tomemos como fecha tentativa los inicios de 1971, cuando casi simultáneamente ocurren la detención del poeta Heberto Padilla y el Primer Congreso de Educación y Cultura. En dicho congreso se lanzó una ofensiva contra el llamado imperialismo cultural, el elitismo, el apoliticismo, «el esnobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales», ofensiva enfilada «a la erradicación de los vestigios de la vieja sociedad que persisten en el período de transición del capitalismo al socialismo». Allí se clamó por la exclusión de todos los elementos corruptores del sistema educativo y cultural a través del famoso proceso de «parametración». En cambio, el revuelo causado por el «Caso Padilla» (ver «Edwards, Padilla, los micrófonos y los camarones principescos») alertó sobre lo indeseable que sería que se repitiese un escándalo similar y la necesidad de resolver situaciones parecidas con mayor discreción. El congreso

preparó el camino a los procesos encaminados a separar los frutos podridos de los sanos. Pero eso no sería suficiente. Junto a la desintoxicación pública debía conducirse una labor de profilaxis. Lo que hoy, incluso en los círculos más oficiales cubanos, se llama con desdén «Quinquenio Gris» fue en realidad la década dorada del régimen. Aquella donde más se acercó la sociedad a lo que promulgaban los textos programáticos del partido comunista. Al menos en la superficie. No fueron esos años un desvío momentáneo de los puntos de vista más bien liberales y heterodoxos de los dirigentes de la Revolución, sino la culminación de un largo y complejo proceso de concentración de poder político, económico, social, cultural y simbólico. Años en que, gracias al reforzamiento de la alianza con el Bloque Soviético y al distanciamiento de los aliados de la izquierda occidental en el plano externo y al máximo control social en el interno, el régimen estuvo más cerca de parecerse a la idea que tenía de sí mismo. Mientras que para los elementos considerados contrarrevolucionarios o antisociales se habían diseñado instrumentos legales como la Ley contra la Vagancia o posteriormente la Ley de Peligrosidad (ver «Prólogos 2, 3 y 4») para el resto de la sociedad quedaba la obligación de definirse en un sentido o en otro. Fue en ese momento en el que le dieron los toques finales a un sistema en el que al decir de Daniel Díaz Mantilla «uno va cediendo espacio y libertad mientras la barbarie engorda y los rufianes se adueñan de su mundo, hasta que un buen día descubre que la cárcel se hizo ubicua. Al final, uno termina arrinconado, vencido, demasiado débil ya para luchar, convertido en mero juguete a merced de los salvajes». Y en esas labores de domesticación social la Seguridad del Estado iba tomando cada vez mayor importancia.

Sospecho que fue su confianza en lo mucho que había avanzado su Revolución en el pastoreo de almas lo que llevó a Fidel Castro a cometer uno de los mayores errores de cálculo en su larga carrera de estadista. Me refiero a su decisión de retirar la custodia de la embajada peruana en La Habana cuando su embajador decidió acoger a un grupo de solicitantes de asilo que habían empujado un autobús contra la sede diplomática. ¿Qué cifra habrá calculado que entraría en la embajada? Si acaso una cantidad —¿200? ¿500?— suficiente para incomodar al embajador, pero muchos menos que los más de diez mil que ante los ojos del mundo sacudieron la apacible realidad oficial y forzaron a las autoridades del país a recurrir a la ya probada fórmula del éxodo masivo. Hacia Perú unos centenares (como lo refleja «La isla de Pascali» de Ronaldo Menéndez) y luego, a través del puerto de Mariel hacia los Estados Unidos (ver «Departures», «Una mujer decente») alrededor de 125 mil.

A juzgar por los textos reunidos aquí fue en los años ochenta cuando se hizo más visible y ubicua la figura de «el compañero que atiende» al cubano promedio.

Años en que, a falta de organizaciones opositoras a las que vigilar y castigar, pero sobre todo, ante una sociedad expectante de que se reprodujeran los cambios que estaba trayendo la perestroika a Europa del Este, se hizo más necesaria la intimidación profiláctica, el susto preventivo. En aquellos años surge el grupo literario El Establo (representado en esta antología con los textos de Raúl Aguiar, Ronaldo Menéndez, Daniel Díaz Mantilla, Verónica Pérez Kónina, Ricardo Arrieta, Yoss) que conoció muy de cerca la atención de la Seguridad del Estado. Dicho grupo pagó su osadía de existir independientemente de las instituciones oficiales con una persecución que se refleja de manera directa o indirecta en varios textos de esta antología. (Que en los siguientes años acapararan la mayoría de los premios nacionales a jóvenes escritores puede servir a la vez para valorar el peso literario del grupo y las sutilezas de la Seguridad del Estado en tiempos tan complejos). En aquellos años ochenta, apacibles si se los compara con lo que vino después, los «compañeros» padecían de una avidez infinita por crear nuevos casos y captar informantes como muestran «Rubén», de Francisco García González o «Un verano en la barbería» de Antonio José Ponte. Como si se tomaran en serio la posibilidad de controlar cada partícula de la vida nacional.

En el último año de la década se produjo uno de los eventos más intrigantes y menos comentados de las relaciones entre las fuerzas del orden y los intelectuales. El 26 de marzo de 1989, el ministro del Interior decidió celebrar el treinta aniversario de la creación de los órganos de la Seguridad del Estado en compañía de una representación de la intelectualidad cubana. Eran, les recuerdo, los meses previos a la caída del Bloque Soviético, meses convulsos en Europa del Este, que en Cuba transcurrían con relativa tranquilidad. Una de las pocas señales de agitación social eran los frecuentes choques entre los artistas plásticos y la Seguridad del Estado. Resultaba extraño, por tanto, que el encargado de aquellas persecuciones dijera: «no podemos ceder a la tentación facilista de ponerle un rótulo político [se sobreentiende que disidente] a cualquier fenómeno que tenga lugar en la sociedad y que pueda desagradarnos e impactarnos. Muchas veces las cosas no son tan sencillas. El tratamiento tampoco puede ser en la mayoría de los casos esquemático o represivo». Francamente provocador parecía su llamado a los intelectuales a ejercer «una más auténtica y profunda libertad de pensamiento». O su ofrecimiento de «contar en este esfuerzo con la confianza, la comprensión y el respaldo sinceros del Ministerio del Interior». Poco antes del final de su discurso el Ministro recalaba:

Estamos y estaremos siempre abiertos al diálogo, en la disposición de escuchar y de discutir cualquier idea, cualquier problema que pueda preocuparles, en el cual consideren útil nuestro conocimiento o par-

ticipación. No me refiero solo a los compañeros que tienen relaciones de muchos años con el Ministerio, ni me refiero tampoco exclusivamente a los que puedan opinar más cercanos a nosotros, sino también a los que tengan ideas distintas o que vean los problemas con otros matices y enfoques.

Estremecimiento aparte por la alusión a los intelectuales con «relaciones de muchos años con el Ministerio», el discurso podía servir lo mismo para alimentar el cinismo que la esperanza. ¿El jefe de los represores invitando a expresarse con auténtica y profunda libertad de pensamiento? ¿Se había contagiado con la ola de cambios que sacudía a Europa del Este o se trataba de una trampa? ¿Había sido enviado por el *capo di tutti capi* o hablaba a nombre propio? La respuesta a esas preguntas llegaría primero en forma de palabras y luego de hechos concretos. «¿Y cómo se puede suponer que las medidas aplicables en la URSS sean exactamente las medidas aplicables en Cuba o viceversa?» dijo Fidel Castro en presencia del líder soviético Mijaíl Gorbachov el 4 de abril, apenas nueve días después del discurso de su ministro del Interior. Como si acabara de descubrir que la URSS y Cuba no eran el mismo país. Pero no se trataba de mero desajuste oratorio. Tres meses después de su discurso, el 28 de junio, Abrantes era cesado como titular del Ministerio en vísperas de la llamada Causa Número 1 en la que se condenarían a varios oficiales del MININT y del MINFAR a penas que incluían fusilamiento para el general Arnaldo Ochoa y el coronel Antonio de la Guardia. Pero la caída de José Abrantes no terminaría con su destitución. El mismo ministro que en marzo se había manifestado a favor del diálogo y el entendimiento sería condenado en agosto a veinte años de prisión en la llamada Causa Número 2. Veinte años de los que cumpliría apenas uno y medio: el 21 de enero de 1991 el ex ministro moría de un infarto en la misma prisión especial de Guanajay cuya construcción había supervisado personalmente. Evito añadir la coletilla insidiosa de «murió en extrañas circunstancias». Extraño hubiera sido que saliera vivo de allí.

Durante los revueltos noventa, con la caída del Bloque Soviético y la crisis que recibió el ocurrente título de Período Especial, cambiaron las reglas del juego. Podría decirse incluso que con la contracción del presupuesto nacional y del propio Estado a niveles de mera supervivencia y el abandono discreto del marxismo-leninismo a favor de un nacionalismo agresivo y difuso, el régimen cubano deja de ser totalitario para convertirse en un fascismo común y corriente. No es que abandonara su vocación totalitaria sino que carecía de medios para ponerla en práctica. Desaparecida la Unión

Soviética, cuna de la ortodoxia ideológica que se había transplantado al país, el afinado instinto de supervivencia del régimen aconsejaba «el descoyuntamiento ideológico» de que habla Eco para caracterizar al fascismo. Un descoyuntamiento que apela al nacionalismo y al culto múltiple al pasado, al heroísmo, a la austeridad y al estoicismo para que tanta incoherencia conserve un orden y la confusión se mantenga dentro de cierta estructura.

Con las sucesivas explosiones de descontento y la aparición de grupos opositores cada vez más numerosos, a los compañeros —ahora bajo nueva administración— no les quedó más remedio que ser más pragmáticos y concentrarse en los casos más urgentes y peligrosos. No quiere decir que dejasen en paz a los escritores o aspirantes a serlo, sino que decidieron establecer prioridades. Si antes el apoliticismo les resultaba sospechoso, a partir de entonces el alejamiento de las realidades sociales empezó a ser visto con aprobación. De la incesante sospecha ideológica se pasó a una vigilancia más pragmática. Tal pragmatismo lo sufrieron en carne propia los intelectuales firmantes de la famosa *Carta de los Diez*. Mientras el poeta Manuel Díaz Martínez sufriría un acoso continuo que lo llevaría al exilio, otros firmantes como María Elena Cruz Varela, Jorge Pomar, Fernando Velázquez, Roberto Luque Escalona, Jorge Crespo Díaz y Marco Antonio Abad irían a prisión. Posteriormente, otros autores incluidos en este libro como Amir Valle, Ángel Santiesteban u Orlando Luis Pardo Lazo también conocerían de cerca el nuevo pragmatismo *seguroso*. El primero por su *Habana Babilonia*, resultado de sus investigaciones sobre la prostitución en la Cuba de los noventa. Santiesteban y Pardo Lazo, por complementar el sentido crítico de sus textos con acercamientos a grupos disidentes, que es algo más de lo que puede soportar la probada paciencia de los que velan por la seguridad de la Nación.

Pero en general, y a diferencia de los ochenta, la presencia de dichos compañeros se hizo más discreta y puntual. Emergen en casos extremos, como cuando se trata de decidir quién viaja al exterior (ver los textos «Memoria de un teléfono descolgado» de Norge Espinosa y «Monstruo», de Legna Rodríguez Iglesias). No obstante, buena parte de los escritores más jóvenes confiesa no saber si alguna vez han sido objeto de vigilancia. Que no sea parte de su experiencia vital no quiere decir que les sea ajena como tema literario y creativo, como en el caso de la premiada novela *La noria* de Ahmel Echevarría o de *Archivo* de Jorge Enrique Lage. (En el cine nacional puede también notarse un creciente interés en el tema, desde el cortometraje *Monte Rouge* del director Eduardo del Llano a el censurado largometraje *Santa y Andrés* del realizador Carlos Lechuga. O el documen-

tal *Seres extravagantes* de Manuel Zayas —inspirador de *Santa y Andrés*—, con esa escena impagable en donde, en medio de una entrevista al poeta Delfín Prats, un policía irrumpe en su vivienda para pedirles documentos de identidad a todos los involucrados en la entrevista, mientras la cámara recoge su estupor).

RECONOCIMIENTO

Este libro demuestra exhaustivamente que la vigilancia y la atención de los compañeros no solo han infundido temores de todo tipo en los escritores patrios sino también una profusa y variada creatividad. Creatividad que incluye incursiones en el género fantástico («Ganas de volar», «La ciudad de las letras»), en la ciencia ficción («El co. que me atiende», «Mi comisario del otro mañana»), el humor («Lengua», «Universos paralelos») y la recreación de realidades paralelas («Un día en la vida de Daniel Horowitz», «Nuevas revelaciones sobre la muerte de mi padre»). El punto de vista de la narración no se limitará al del vigilado o al de un narrador omnisciente: a veces aparecerá el del vigilante («Un verano en la barbería», «El agente Ginger») o el de testigos confundidos sobre su papel en la historia que se desarrolla ante sus ojos («Los hombres de Richelieu»). Pero dentro de esta variedad vuelve a haber coincidencias que podrían considerarse como ejes temáticos del género: la vigilancia («La Carta de los Diez», «Seres ridículamente enigmáticos con nombres simplones», «Un día en la vida de Daniel Horowitz»), el interrogatorio («Honecker en la campiña», «Mississippi tres», «Infórmese, por favor»), la intimidación («Cállate ya, muchacho», «Controversia»), la invitación a «colaborar» («Interrogatorio con música de fondo», «Rubén»), el reencuentro con los vigilantes muchos años después, casi siempre en otras funciones distantes de la original («El cabrón rampante», «Opuscero», «De vez en cuando la vida») y los arrestos («Los hombres de Richelieu», «Nada de “compañeros”»). En este libro se intenta incluso entender al compañero que alguna vez nos atendió. Al fin y al cabo, con todo y que su oficio es incompatible con «la dignidad plena del hombre», son también víctimas de un sistema que ve en ellos meras herramientas represivas. Un sistema que no se compadece de la humanidad que puedan conservar. «Nunca le tuvimos odio» dice Rafael Almanza de su represor particular: «algo en esa persona era valioso, el escritor de las décimas se imponía al soldado, por mucho que él se esforzara en reprimirlas. Él no lograba reprimir con eficacia, porque él mismo reprimía lo mejor de sí, las décimas y las críticas que le acudían a la garganta, y tal vez ya se había dado cuenta, demasiado tarde, que había perdido lo mejor de sí mismo».

He decidido dejar para el final el texto del poeta Nestor Díaz de Villegas («Cargaré con la cruz del compañero») no solo por ser un caso paradigmático de la represión en Cuba: el de un adolescente que sufre cinco años de prisión por un poema en que se disculpa con una calle a la que han cambiado su antiguo nombre por otro más acorde a los nuevos tiempos. Amerita que su texto cierre la antología el que consiga conectar viejas vigilancias y represiones con otras nuevas, nacidas en sociedades democráticas, algo que yo definiría como totalitarismo por cuenta propia. Cuando el poeta ha creído dejar atrás para siempre los fanatismos laicos que lo atormentaron en su juventud, los descubre echando raíces en los más frívolos terrenos del capitalismo tardío (me refiero, por supuesto, a las universidades).

Hela aquí, otra vez, la certeza incommovible, la convicción cuasirreligiosa. Su ropa cuenta la consabida historia de falsa modestia, de recato militante (¿no es cualquier uniforme la expresión de la entrega a la causa de moda?), también una historia de rebajas, no comerciales, sino espirituales, el deseo de ser menos, de creerse menos —y hacérselo creer a los otros.

Al contrario de lo que sugiere Nestor Díaz de Villegas en su texto, esos nuevos brotes totalitarios no parecen obedecer a ninguna ideología concreta sino a la fe difusa en alguna forma de pureza. Eso que George Steiner llama *La nostalgia del absoluto*. Si el compañero que nos atiende en los estados totalitarios concentra papeles surgidos en sociedades previas (el policía, pero también el maestro, el confesor, el psicoanalista, el testigo de Jehová, el crítico literario, el verdugo: la poeta María Elena Hernández lo describe como «lector./ Corrector voraz./ Casi un padre./ Casi una patria»), estas nuevas encarnaciones del espíritu totalitario se vuelven a multiplicar en variantes menos profesionalizadas, más fanáticas y menos cínicas del compañero que atiende. Vuelven a perseguir con saña el menor diversionismo, el más mínimo desvío del sentido (histórico, social) que asumen como inevitable. Su objetivo no es el de la sociedad sin clases como pretendía el ideal comunista, sino construir un mundo libre de toda incorrección política. Y lo intentan con la misma convicción medieval sobre la necesidad de la erradicación absoluta del mal que exhibían los viejos vigilantes totalitarios.

Esta antología, por otro lado, aunque la supongo pionera en su especie y envergadura (al menos entre los escritores cubanos), no aspira a la originalidad, como originales no fueron las circunstancias que engendraron sus textos: recuerden que en los últimos cien años un tercio de la población mundial pade-

ció alguna forma de totalitarismo. (El poeta alemán Hans Magnus Enzensberger anota en su *Tumulto* —otro libro atiborrado de micrófonos— la reacción de su esposa soviética al llegar a Cuba: «Muy al contrario de mí, Masha comprendió desde el principio cuáles eran las reglas del juego que imperaban en la isla. Se sentía a sus anchas»). Esta antología no será muy distinta de otras sobre el mismo tema en cualquier sitio donde la realidad totalitaria se instaló. Este libro es —como hemos dicho— un reconocimiento al aporte que han dado los órganos de la Seguridad del Estado cubana a nuestra literatura más allá de la detención e internamiento de Jorge Valls, Heberto Padilla, Belkis Cuza Malé, Reinaldo Arenas, José Mario, Rogelio Fabio Hurtado, Manuel Ballagas, Ángel Cuadra, Juan Abreu, Nestor Díaz de Villegas, René Ariza o Ángel Santiesteban entre tantos otros. Es una manera de agradecerle haber puesto a prueba nuestro carácter como seres humanos, pero también como escritores, de permitirnos conocer cuán resistente era nuestro impulso creativo al miedo y la intimidación. Y también agradecerles su perseverancia como lectores y críticos porque, como escribe Verónica Pérez Kónina, «¿Quién sino ellos se hubiera leído nuestras primeras obras, tan imperfectas, tan ilegibles? ¿Quién hubiera seguido con tanta atención todo lo que escribíamos? ¿Quién otro podría haberle dado ese aire de azarosa aventura al oficio de escribir?». ¿Quiénes —añadiría yo— sino los compañeros que nos atendieron, podrían haber insistido en darnos una idea desmesurada, pero por eso mismo estimulante, de la importancia de nuestra escritura, al conectar cualquier hoja garrapateada por nosotros con la estabilidad del todopoderoso régimen que defendían?

Se agradecerá de antemano la respuesta de estos órganos por boca de sus literatos de guardia. Sus previsibles reclamos de que los hechos que se mencionan en este libro son absoluta invención de los autores. Es por ello que no me he tomado el trabajo de deslindar los testimonios de las obras de ficción, como mismo la realidad totalitaria es indistinguible de las paranoias que produce. Declarar —como sospecho que harán muchos— que lo que se describe aquí es mero producto de la imaginación será una manera de reafirmar la índole literaria de este libro. Un libro que, de inicio, quedará condenado a perdurar más que la realidad en la que dice inspirarse. Y eso no es poca cosa.

Enrique Del Risco
West New York, New Jersey, Julio del 2017

1959-1979

FÉLIX LUIS VIERA

IMPALA*

Tocaron a la puerta con tal autoridad que ni la Policía. Debían ser de esos vendedores clandestinos que a veces tocan así para que uno se sobresalte y les abra sin más ni más y ahí mismo ya están ellos proponiendo su material de la bolsa negra.

Eran policías. Al menos dos. Vestidos de civil. Del Departamento de Seguridad del Estado. Me van a decir ahora, en cuanto abra la puerta.

Los otros dos no son policías, se identifican: uno es de la dirección del Gobierno que tiene bajo su égida las viviendas y el otro de una dirección de lo mismo que incauta los bienes del pueblo. Dijo así: Los Bienes del Pueblo.

Los cuatro me han enseñado sus identificaciones, solo por un instante, como si yo debiera creer que son lo que son, sin que sea necesario que lea lo que dicen sus identificaciones.

Como aquella tarde que visité a Magalí por primera vez, es esta, también, una tarde de noviembre. Por la carretera Central corre un frío leve, como es el de este mes en Cuba; un frío que, más que marcar el inicio del invierno, será algo así como el aviso de un invierno que nunca habrá de llegar. Hace dos días con dos noches que Magalí no está; se fue a La Habana a un seminario de las emisoras de radio, una semana. Esta madrugada yo he cumplido por ella la guardia del Comité de Defensa de la Revolución de la cuadra, junto con la otra mujer a la cual le correspondía. Hazme ese gran favor, que ya coordiné con el presidente del CDR para que tú me sustituyas, no quiero incumplir. Me pidió ella. Estoy esperando el telegrama que me

* Texto perteneciente a la novela *El corazón del rey* (Lagares, México, 2010).

prometió. Se fue, casi al amanecer, con unos colegas suyos que iban a lo mismo y que vinieron a buscarla en un carro de la emisora.

Los dos policías se sientan en el sofá, yo en una butaca, y me piden, ambos a la vez, que me calme. No tiene sentido que me pidan esto, si yo todavía no estoy nervioso.

Los otros dos despliegan cada uno un rollo de formularios y me solicitan permiso para pasar hacia las habitaciones. Ya han pasado cuando todavía no les he respondido. Andan con sendos portafolios, negros, gruesos, que tienen en la tapa una calcomanía roja y negra, con forma de escudo, que dice: Viva la Revolución Socialista.

Uno de los dos policías vestidos de civil me dice que debo irme con ellos. Ya lo sabrás, me responde el otro cuando les he preguntado adónde, por qué. Este mismo me requiere la llave de la casa. Aquí está la llave, grita hacia donde los otros dos, que se asoman desde el comedor, y la pone con un movimiento lento, como didáctico, para que aquellos lo vieran bien, en la meseta del bar portátil.

Nos fuimos en un Chevrolet Impala de 1959, rojo y blanco, que se hallaba estacionado en la gasolinera. Me indicaron que yo viajara en el asiento trasero.

El que iba manejando constantemente me miraba por el espejo retrovisor; o más bien me revisaba, me auscultaba con la vista. Casi siempre que miré hacia el espejo, ahí estaba su mirada, de esa forma. El otro iba con la cabeza baja, como si estuviera adormecido.

Fuimos hacia la salida Este de la ciudad, por la carretera a Camajuaní, un poco más allá del Capiro. Entramos en unas instalaciones rodeadas de cercados de alambre. En la entrada había dos guardias, uniformados de verde militar y con armas largas. Entonces sí pareció invierno: me llevaron a una oficina que tenía el aire acondicionado muy intenso.

Me preguntaron varias veces si yo no sabía lo que pensaba hacer Magalí. Yo no sabía, siquiera, qué había hecho, qué estaba pasando, les respondí. (El que había venido manejando me ofreció cigarros; al parecer, había visto muchas de esas películas en las que los interrogadores ofrecen cigarros al interrogado). Me lo volvieron a preguntar. Llegó el anochecer. Como al azar, se alternaban tomando notas de lo que yo respondía o decía en papeles con un membrete verde cuyas letras me propuse no ver. Me contaron, ellos a mí, mi vida. Los hitos de mi vida. Yo no trabajaba; si bien ya hacía tiempo que había terminado los estudios de nivel medio, había decidido no inscribirme en la universidad. Ahora, qué pena, tendría yo que regresar a mi columbina sumergida entre libros allí en la sala de mi casa, y convivir

entre más gente: par de sobrinos más habían venido al mundo. Pero entre gente buena, desde mis padres hasta mis hermanos, pasando por mis cuñadas, eran personas honestas y cumplidoras, si bien no se pudiera decir que estuviesen en la vanguardia de la Revolución. ¿Cómo estaban de salud la Samaritana, Robertón Pérez, Benito de Palermo, Maritza? Ah, Maritza, ojalá que ella sí lograra influir en mí. ¿Desde cuándo no veía a fulano, mengano, zutano, esos conocidos míos del barrio El Condado, del Capiro? Yo me había propuesto contestar lo menos posible y en general hablar lo menos posible. Pero de pronto me sorprendía dando respuestas muy largas.

¿Y dónde estaba Magalí? A estas horas ya debía estar en el Norte, en Miami, respondieron. ¿Por qué ellos lo sabían? ¿Por qué lo aseguraban? Porque habían «capturado» a una de las dos lanchas en que intentaban salir. Deletrearon el punto exacto de la costa por el que habían partido. Los nombres de seis o siete pescadores involucrados, unos en el grupo de los capturados, otros no. El que había venido manejando me preguntaba con más saña, y no dejaba de mirarme como antes, como si quisiera convertirme en virutas con la vista; pero el otro, que evidentemente, era el jefe, lo llamaba a control.

—Y se fueron también esos dos guajiros puñeteros... —resoplé, con amargura, como quien acaba de descubrir lo que tenía delante de sus ojos.

Entonces tú sabías algo, dijo dando un manotazo en el escritorio el que había venido manejando. Sí, se habían ido también las primas Elva la rubia y Amarilis la trigueña con sus maridos, afirmó el otro.

Nada. Yo no sabía nada. Magalí había salido vestida como quien va para un seminario, con una maleta con ropas, caireles y maquillajes como la mujer que asistirá a reuniones. Con una carpeta con documentos como quien va a asistir a reuniones. Pero ya ves, no iba para ninguna reunión de trabajo, se iba para el Norte, dijo como mascándose los dientes el que había venido manejando, quien, además, en todo momento había tratado, más que el otro, de darme a entender cuánto sabían ellos. Y fue quien me preguntó:

—¿Por qué tiemblas?

—De la emoción —respondí.

De esa casa no se puede sacar nada, nada, ni entrar nadie. Ya esa casa en estos instantes está sellada y solo podrán entrar las autoridades cuando la ley lo determine. Me respondieron invariablemente. En uno y otro momento yo les había pedido, les había rogado, que al menos me dejaran sacar unos libros. Precisé, rebajé la petición: solo estos ocho libros, por favor, y les había relacionado los títulos.

Me entregaron unos documentos para que los firmara y me pidieron que los leyera bien. En la página final, decía que yo estaba de acuerdo con que en ningún momento me habían maltratado de hecho ni de palabra. Que estaba yo de acuerdo con que Magalí era una traidora de su pueblo y, por lo tanto, me comprometía a poner en manos de la Revolución, donde quiera que yo estuviese y cuando fuera, cualquier información que recibiera de ella o acerca de ella. Que ellos me habían aconsejado sobre la importancia de llevar una buena conducta en la nueva sociedad y me habían pedido que, sobre todo por ser un joven inteligente, debía colaborar con el proyecto revolucionario que significaba el bienestar para todos los cubanos. Pero esto no me lo han aconsejado, les dije. Ahora te lo vamos a aconsejar, dijo el que había venido manejando y entre los dos me lo aconsejaron.

Hacía un frío terrible en aquella habitación. Ellos estaban sentados tras un escritorio, uno en medio y el otro en un extremo, y unos diez minutos después de llegar se habían puesto unos abrigos verdes que tomaron de un estante. Los dos eran más bien gordos y trigueños. El que había venido manejando, de mayor estatura que el otro, quien tenía la dentadura como tienen la dentadura los leones y, sin embargo, era el más manso. Yo estaba sentado en una silla al lado de acá del escritorio.

¿Ahora me iban a llevar de regreso en el Impala? Les era imposible, tenían mucho que hacer, y en cualquier caso yo estaba cerca de mi casa, podía esperar una guagua o aun irme a pie, respondió el jefe. El que había venido manejando tomó del escritorio un papelito impreso y lo firmó. Es un pase para que puedas salir por la posta, dijo.

Este capítulo nunca lo hablé con nadie. No se lo dije a nadie. Ni a mi familia. A nadie. Así debía ser, constaba en los papeles que había firmado. Ahora, en estos momentos, es primera vez que lo digo.

Como cuatro o cinco meses después recibí un sobre con el matasellos de Sevilla. No traía remitente. Adentro, en una hoja de papel pequeña, solo una línea, sin firma, escrita con máquina de escribir eléctrica: «Todo bien. Buena suerte».

JUAN ABREU

PRÓLOGOS*

PRÓLOGO DOS. DÍA 20

Alejándose cada vez más de Marcelino Menéndez y Pelayo era el título de un libro de ensayos que Reinaldo tenía en proyecto. Ya había escrito uno sobre la novela *La espuma de los días*, de Boris Vian; y otro sobre dos libros de poemas titulados *Un rasgar ululante* y *Destrucciones*, el primero mío y el segundo de mi hermano José. El título del ensayo no tenía desperdicio: *Entre ululantes destrucciones o invocación a Pedro el Malo para que desentierre un manuscrito encontrado debajo de una teja*. Ayer me acordé de eso ya acostado. Las figuras, las sombras en la pared, se desplazan periódicamente, al paso de los automóviles. Otra vez. ¿Serán ellos? Sigue la vigilancia. Han apostado un Alfa-Romeo de forma casi permanente en las esquinas de F y G, a cincuenta y cien metros, en ambas direcciones. A veces llegan otros vehículos y los ocupantes se ponen a conversar. Poey es un barrio muy pobre, con la mayoría de sus calles sin asfaltar, por lo que no está acostumbrado a este trasiego. Si siguen así van a tener que inaugurar un parqueo por aquí cerca, o algo por el estilo. La presidenta del CDR, que vive en la casa de al lado, está eufórica estos días. Parece que alguien la ha visitado para solicitar informes sobre nosotros, o pedirle que vigile nuestras entradas y salidas. El caso es que se pasa el día apostada afuera con cara conspiradora y sonrisa triunfante. Sueña con una condecoración o un bono

* Fragmentos del libro *A la sombra del mar: jornadas cubanas con Reinaldo Arenas* (Editorial Casiopea, Barcelona, 1998).

que le permita el derecho a aspirar a un televisor ruso. Ha llegado el invierno. Traído por uno de esos frentes, añorados e imprevisibles. El invierno llega aquí cuando le da la gana. Las estaciones no existen. Así que ha llegado de súbito y se ha estrellado contra la puerta. Pongo mi mano en tus pechos y los hallo calientes, meto mi cabeza entre ellos para dormir. El tiempo transcurre y seguimos sin saber nada. Estos han sido días muy duros, sobre todo porque pienso en los libros que la inminencia de un registro o de una delación nos hizo destruir. Esto también se hizo por consenso. Aprobado por todo el grupo. El recuerdo de los papeles quemados no me abandona, fue estúpido destruirlos. Y si no fuera porque es necesario reescribirlos, por mí y por mis personajes perdidos, me suicidaría. Me siento cobarde, miserable y traidor. Pero abandonados de Dios y de todos, solo nos queda la palabra. Así que hay que ponerse a trabajar cuanto antes. En cuanto se normalice la situación. Si es que se normaliza. ¡Si pudiéramos escapar a algún sitio! Adonde fuera. Lo de la vigilancia nos tiene desconcertados porque si, como creo, detuvieron a Rey cuando la movilización en el Parque... ¿por qué continúan con ella? Es posible que tengan alguna prueba en contra nuestra, pero, si es así, ¿por qué no la usan? Resulta increíble cómo los seres humanos, en ocasiones, pueden acostumbrarse a cualquier cosa. Están ahí afuera, pero ya me he acostumbrado y me cuesta trabajo, en ocasiones, pensar mucho en ellos, preocuparme por ellos. Es como si estuvieran muy lejos, a pesar de que apenas distan cien metros. También recordé hoy el día aquel en que llegué muy temprano. La tierra empapada, una neblina gruesa en la que costaba avanzar. Arribé al sitio convenido y no estaba. Me senté a esperar. Dejé la botella de vino que le traía y el pan con tortilla escondidos entre dos piedras. Oculté el paquete con una penca y algunas ramas diseminadas por el lugar. Estaba en una hondonada, resguardado de las miradas de los que pasaran por la carretera. Reinaldo me había dicho que en cuanto se levantara iría a encontrarse conmigo. Esperaba hallarlo allí a mi llegada. Pero no me preocupé. A veces se quedaba dormido muy tarde, por el frío, y luego se rendía hasta que el sol estaba ya bastante alto. Demoraba. Al rato decidí caminar a lo largo de la carretera, hasta el lugar convenido, para dejar un mensaje si ocurría algún imprevisto. No encontré ningún mensaje. Regresé. Ya los quioscos del Parque estaban abiertos, así que me comí un queso de crema con galletas y me bebí dos vasos de leche y cuando volví me lo encontré sentado junto a la penca. Tenía los tenis y las medias secándose al sol. Estaba leyendo *La Ilíada*. En su rostro se acumulaba la fatiga, las huellas de la tensión perpetua, el desgaste producido por el hambre y el mal dormir. «Estaba asustado por-

que no venías», me dijo, «pensé que había pasado algo». Andaba con su jabitita a cuestras, como de costumbre. Dentro de ella llevaba lo imprescindible, los utensilios de aseo personal, los libros, sus cosas de valor. No dejaba nada en el escondite por si tenía que salir huyendo súbitamente. Como siempre, le pareció que todo lo que le llevaba era maravilloso. Había algo más: ese día yo me casaba a las cuatro de la tarde. Por eso me escapé temprano a verlo. La boda nos parecía una magnífica cobertura. Prometí guardarle cake y bocaditos de los del racionamiento. Solo me dio un consejo cuando se enteró de que me casaba: «Ahora no te vayas a cundir de hijos». Luego pensó un poco tratando de hallar algo positivo en el hecho, y añadió: «Al menos ahora no tendrás que salir por ahí cuando tengas ganas de templar». El sol empieza a calentar. «Ya empecé a escribir la autobiografía, no he escrito mucho, leo un poco y escribo otro poco, y así, será breve, porque ahora no puedo ponerme a escribir esas parrafadas... figúrate». Y hace una mueca como pidiendo excusas. Sonríe y le digo que no se preocupe, que es perfectamente comprensible. Hablamos del frío que es uno de sus grandes problemas. Trataré de conseguirle una colcha aunque sé que es casi imposible. Ha adelgazado y parece más joven. Pienso que está irreconocible. Si la policía se guía por una foto reciente de él, jamás lo encontrará. Me cuenta algo que lo dejó asombrado. Cuando fue, como casi todas las noches antes de acostarse, al quiosco más cercano al escondite en las alcantarillas, la empleada le dijo: «Tú debes de vivir por aquí cerca, porque todos los días vienes a la misma hora, por el mismo trillito, y luego haces así, y coges y te vas por ahí mismo». Para él resultaba asombroso que aquella mujer se fijase en eso. «Yo no me fijo en nadie», repetía una y otra vez. Le recomendé no volver a aquel sitio. Debía cambiar de lugar aunque tuviese que caminar un poco más. Abrimos la botella del horrendo vino búlgaro y brindamos por la boda y por una feliz fuga. Estaba muy consciente de su papel y aceptaba aquella situación desesperada sin alterarse demasiado. De vez en cuando volvía sobre lo insólito de la situación: «Es increíble la resistencia de un ser humano. Yo pienso en todo lo que ha sucedido y no lo creo. Tú sabes lo que es que yo he atravesado esta isla de allá para acá, llegué hasta cerca de la base naval de Guantánamo, intenté entrar dos veces en medio de rayos infrarrojos, bengalas que convertían la noche en día. Fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida, cuando vi aquellas luces giratorias y enormes de las torres del aeropuerto de la base, allí, cerca, y saber que si lograba llegar, sería de nuevo un ser humano. Entonces regreso y me para la policía en la estación de trenes y me dice: tú sabes que te pareces cantidad a uno que estamos buscando... y fueron en busca de dos de seguridad que

iban de civil y los trajeron y no eché a correr ni nada, los esperé allí, llegan y me dicen, ponte de perfil, a ver, ponte de frente; se parece, pero este no es, ¡y me dejan ir...!». Después de eso es cuando decide esconderse en el Parque Lenin y la madre me trae su nota para que lo vea en el anfiteatro. Voy y lo veo. Está sentado en la última fila de asientos, arriba. Llego y le saludo con la mano. Me cuenta a grandes rasgos lo sucedido. Está muy preocupado por la madre, a quien trató de convencer para que no se quedara en casa de la hermana, Orfelina, que es un verdadero monstruo, pero no sabe si lo hará. Se ha escondido aquí para esperar la llegada de alguien que vendrá con el propósito de sacarlo del país. «Aquí estoy bien, encerrarme dentro de una casa no lo soportaría, aquí hay árboles y el cielo, y puedo caminar y todo». Nos ponemos de acuerdo para vernos en unos días en otro punto del Parque. No cabe duda, en estos tiempos violentos y grotescos, la única forma digna de ser un artista es estar dispuesto a respaldar con la vida cada palabra que se pone sobre el papel. Cuando ya me iba me dijo que al hacer el brindis dejara caer unas gotas de licor sobre la tierra, que hiciera eso en su nombre, que su espíritu estaría a mi lado sin falta. «Si está tu espíritu no faltarán los policías», le contesté. Y ciertamente no faltaron. Estoy acostado, esperando. Sin noticias. Sus pechos duros me hincan. Pienso: ¿qué le estará sucediendo, qué estará padeciendo en este instante? ¿Qué esbirro le interrogará, en qué mazmorra se desesperará? Este calor bajo las sábanas me hace olvidar. Nadie puede acompañar a nadie. A lo sumo, tal como repetía Reinaldo, «lo más grande que puede existir entre dos seres humanos es una confrontación de soledades». El viento amontona las hojas de este falso invierno, del 20 de diciembre de 1974, delante de mi puerta. El juicio por corrupción de menores (el incidente en la playa que se supone que lo inició todo) ha sido fijado para el próximo miércoles. Si lo detuvieron lo tendrán que llevar, aunque nunca se sabe con esta gente. Y allí lo veré si no nos detienen antes. Si no lo han atrapado, existe verdaderamente esa posibilidad, quizás lo digan al suspender la vista. Lo catalogarán como un prófugo de la justicia o sabe Dios qué. En otros lugares del mundo en estos días hay fiestas. Supongo que la fantasía tiene aún un lugar reconocido entre los hombres. Entre nosotros el festejo es muy realista, claro. Todos esperaremos arrobados y agradecidos el advenimiento de otro aniversario de la llegada del Fifo y sus verdes, y ahora rojizos, apóstoles. Todas las estaciones de radio y televisión y otros medios de propaganda desbordan euforia y alegría. Veo a las gentes salir de los trabajos, luchar a brazo partido por un puesto en las guaguas repletas y correr a refugiarse en las casas. A disfrutar de los breves instantes que les quedan fuera de las espantosas fábricas.

Ahora, en el momento en que redacto estas notas estoy en una de ellas. Aprovecho un receso para escribir a toda prisa en un cuaderno que me he traído. Bueno, hay que hacerlo a pesar del cansancio.

PRÓLOGO TRES

La boda. Los policías acudieron al Palacio de los matrimonios, pero no les hicimos ningún caso. ¿Pensarían que Reinaldo iba a venir a la boda? Me aburrí un poco, aunque no lo pasamos tan mal. Estaban los muchachos del barrio, Bernardo, Raulito, Marcos, el Yeyo... y estaban los bocaditos, el cake, los refrescos, la cerveza y el ron. Algunos de los policías fueron tan descarados que quisieron tomarse un trago a nuestra costa. No se lo permitimos. Mi padre, encargado de la barra, los identificaba al instante y, muy serio, les preguntaba quién los había invitado. Luego añadía que sus caras resultaban verdaderamente desconocidas. Que era la primera vez que los veía. Que la cuota era estricta y apenas alcanzaba. Que si eran nuevos en el barrio... Y por ahí. Pedí a mi madre que no olvidara guardar cake y bocaditos para llevárselos a Reinaldo al Parque. Juré fidelidad eterna y todo lo demás y brindé y bailé. Luego me fui al hotel que el gobierno nos permite usar, tres días, a los recién casados, para la luna de miel. Nos tocó una habitación en el piso diecisiete y nos pusimos a hacer el amor en el balcón, frente a la ciudad aferrada al mar. Todavía eres hermosa, Habana, dije, contemplándola desde aquella altura. Y pensé en Rey en su alcantarilla.

PRÓLOGO CUATRO

Todavía es de noche cuando me levanto a trabajar. El cielo, como siempre distinto, distante. Si faltas tres veces durante un mes te hacen un juicio y te encarcelan, condenándote a trabajo forzado. Eso se llama Ley Contra la Vagancia. Si no te cogen por esa, pueden hacerlo por la Ley de Peligrosidad, que te condena no porque hayas cometido un delito, sino por la presunción de que puedas cometerlo. Pienso en los muchachos fuera de esta isla jaula y los imagino despreocupados caminando bajo el sol. Me gustaría decirles que se cuiden, que no permitan que nadie, en nombre de no sé cuántos futuros y no sé cuántas libertades e igualdades, les prive de poder hacer con sus vidas lo que a cada uno de ellos se le antoje. El único valor real es la vida. Nadie, en nombre de nada, tiene derecho a sacrificárnosla. Y fíjense

bien que siempre sacrifican la vida de los demás, no las suyas propias, que por otra parte disfrutan todo lo que pueden. No pierdan nunca de vista que todo hombre es un monstruo en cuanto puede. Añadido el poder ya no hay salvación posible. En estos 22 años de miserable existencia lo único que he conocido es la persecución, la esclavitud y la estupidez ascendida a canon ideológico. Veo a los muchachos de aquí conducidos como ganado a la última locura que han dispuesto por decreto. Convertirnos en el primer productor de café del mundo; capaces de abastecer de carne a media humanidad; disecar la Ciénaga de Zapata. Eternas zafras, y producir más arroz que China. Conducidos todos como alegres esclavos a esos mataderos de tiempo. ¿Quién paga esa vida no vivida? Crecí entre gente humilde, en un barrio pobre. Tuve una infancia espléndida, larga. Luego me puse a leer a la sombra de mi hermano. Toneladas de libros: Salgari, Verne, Blyton, Karl May, y más tarde Balzac. Después me puse a escribir, también a la sombra de mi hermano. Entonces conocí a Reinaldo Arenas, artista, homosexual, hombre poseído por un destino creador, un guajiro de Holguín, en la provincia de Oriente, con un talento enorme brotado de las piedras y de la tierra. Fuimos amigos, lo somos. Me ayudó de la única forma en que se puede, guiándome a través de mis lecturas. Nunca frecuenté los ambientes literarios. Un escritor lo es en el momento en que escribe, eso decíamos. Valía para toda la tropa. Creo en el arte porque me ha permitido experimentar breves momentos de algo que debe de ser la felicidad, la plenitud, unos segundos de permanencia, de indefinible sensación de pertenecer, de ser parte de un cuerpo intemporal y trascendente. Por la búsqueda de esos instantes vale la pena sacrificarlo todo. De vez en cuando nos íbamos de pesquería a Peñas Altas. En ese sitio de la costa, cerca de Santa Cruz del Norte, los farallones caen sobre el mar. Es agua profunda. Bajábamos colgándonos de los salientes y nos lanzábamos desde allí. El mar nos acogía, nos amparaba, nos limpiaba. En una ocasión vimos un tiburón a pocos metros. Nunca he visto algo tan esbelto. Tan perfecto, tan rítmico, tan poderoso. Pura poesía. No hicimos el menor movimiento. ¡Era tan hermoso el peligro! Días felices en que no teníamos idea de lo que se avecinaba. Ahora que los recuerdo me alegro de haber vivido (de seguir viviendo así) desesperadamente. Devorando la vida como si sus últimos jirones fuesen esos que nos apresurábamos a tragar.

GERARDO FERNÁNDEZ FE

EDWARDS, PADILLA, LOS MICRÓFONOS Y LOS CAMARONES
PRINCIPESCOS*

Si La Habana que redescubrió Guillermo Cabrera Infante cuando regresó en 1965 a despedirse de su madre muerta era un escenario de sujetos cansados, aparentemente «agobiados por un pesar profundo», una ciudad donde crecía para siempre la bolsa negra y donde abundaba la mirada perspicaz hacia y entre los escritores, la esencia y el decorado atisbados por Jorge Edwards apenas aterrizó en el aeropuerto de Rancho Boyeros el 7 de diciembre de 1970 resultaban igualmente opacos. El fracaso de la publicitada Zafra de los Diez Millones de ese mismo año podía incluso respirarse, a modo de energía, entre los figurines que pululaban por el bar y la planta baja del Hotel Riviera, a donde el diplomático chileno fue conducido.

De esta manera, los jardines modificados que Cabrera Infante descubre en no pocas casas de El Vedado («plátanos en lugar de rosas», apunta), pues la gente siembra en dos metros cuadrados para intentar comer mejor, son los mismos ante los cuales pasará el escritor santiaguino con aquellos amigos intelectuales que conociera dos años atrás. La ciudad —relata Edwards— «se presentaba ahora sin afeites, regenerada, desafiante en su pobreza».

En muy pocas historias nacionales un año se diferencia de otro, en muy pocas postales una ciudad difiere de lo que fue incluso cinco años atrás, salvo en Beirut, Gaza o Sarajevo... Es esto lo que ocurre con el relato, los

* Este texto apareció publicado por primera vez en *Cuadernos Hispanoamericanos*, No.787, Madrid, enero 2016.

personajes y la topografía misma de *Mapa dibujado por un espía*, el legajo que Guillermo esbozó, ya en Londres, en su Smith Corona, y que permaneció en un sobre cerrado por más de cuarenta años; así como en *Persona non grata*, el libro que Jorge Edwards empezó a secretar durante sus días habaneros y que marcó indefectiblemente, como las uñas de una amante resentida, su recorrido de escritor.

Era el mismo trópico, pero también el mismo frío que cala los huesos. El mismo ojo que lo observa todo. De ahí que, tanto el del chileno como el del cubano, sean dos libros policiales —más que policiacos. Es la misma Habana, que se «monotoniza» y se depaupera, el mismo país que asume a golpes de exclusiones, dictámenes, movilizaciones y escuchas telefónicas el tempo gris que impone toda máquina policial.

A la par, serán los mismos personajes, secundarios o simples siluetas, los que determinarán las andanzas de este Encargado de Negocios, muy poco encopetado, recién enviado por el gobierno de Salvador Allende para que encaminara el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países.

Las autoridades cubanas habrían preferido «un tigre de salón y de coctel», apunta Edwards, a la vieja usanza de la diplomacia británica, o un camarada ideológicamente más afín y sólido en sus convicciones de izquierda —como ocurrió tras su salida de La Habana el 22 de marzo de 1971— no un escritor incómodo que gustaba de la charla con quienes a esa altura eran percibidos como chupatintas con marcadas tendencias pequeño-burguesas, gente apática o poco dócil, a fin de cuentas, «conspiradores de café con leche», como había retratado Cabrera Infante al hombre que él mismo era antes de 1959.

Para muchos, se había ido diluyendo la idea de la revolución como una ilusión trascendental; todo lo que quedaba entonces era acto obstinado y bárbaro, una ciudad que se ajaba y un entorno de exigencias a la fidelidad, de cara a la felicidad para todos. Solo eso: poco valía, por ejemplo, el buen verso; ser fiel era mucho más importante y necesario; ser fiel y apostar con su propia vida en una especie de inversión fáustica a la esperanza, a la que la Revolución cubana apelaba.

Sin embargo, aquellos compañeros de *whisky*, supuestos infieles con los que Edwards departía en el bar del Hotel Riviera, terminaron engullidos por un mecanismo truculento que los expulsó, a unos como exiliados, a otros como escritores reciclados en gendarmes de la palabra o en simples fantasmas —afásicos, *insiliados*— que han bregado a la sombra de alguna institución puntual de la cultura y de la Institución mayor. Pensemos

también que otros se mantuvieron firmes por convicción, por fe religiosa (recordemos que Stalin había sido seminarista ortodoxo y Fidel Castro alumno del jesuita Colegio de Belén), ese raro fenómeno de la mente humana que hace que creamos en algo cuya única garantía en la práctica es que nunca nos conducirá a la felicidad.

Al decir del propio Edwards, sin darse cuenta «había puesto el dedo en el ventilador». La resultante había sido obviamente la sangre; solo que la sangre en un estado policial no siempre se concretiza en un tiro en la nuca: también existe, según el caso, el interrogatorio, la exclusión, el silencio institucional, la simple y *bulgakiana* muerte civil, o el escarnio ante los millones de seguidores de la simbología cubana en medio mundo.

«Como usted comprenderá —cuenta Edwards que le confesó Fidel Castro aquella noche de marzo de 1971, antes de su vuelo definitivo, en el salón del Ministro de Relaciones Exteriores— habría sido una estupidez nuestra no vigilarlo».

Esta anécdota nos conecta con una sensación que recorre el espinazo de *Persona non grata*: la de la necesidad, la urgencia que tiene este tipo de sistemas de vigilar, por la vía que fuere, al ajeno y al devoto, al curioso y al oficiante.

En el mismo año de 1968 en que Jorge Edwards había visitado La Habana en condición de jurado del Premio Casa de Las Américas —aunque después de la entrada de los tanques soviéticos en Praga y del apoyo de Fidel Castro a aquella invasión—, el cineasta cubano Fausto Canel quedó convencido con un escalofrío de que sus pasos en la ciudad y sus ideas políticas habían sido pesquisadas por la Seguridad del Estado. El propio Alfredo Guevara, presidente del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, le había mostrado los hierros de la tortura en forma de un expediente: copias de cartas de y a su novia francesa, «con frases o párrafos subrayados en tinta roja», según narra Canel en su novela *Ni tiempo para pedir auxilio*.

—¡Ya ves! —dijo Alfredo—. Hay también cintas grabadas con tus conversaciones.

A Canel le quedaría todavía un mes de espera y zozobra, antes de recibir el permiso de salida del país y volar definitivamente de la isla.

Pero alarmarse por lo anterior a estas alturas del juego sería un acto de ilusos. En algún momento contó Gabriel García Márquez una escena que compartió con Carlos Fuentes, en Praga, a finales de 1968, cuando Milan Kundera los condujo a una sauna pública para poder contarles los pormenores de los primeros meses de la ocupación de los ejércitos amigos en

aquella Checoslovaquia que se había descarriado. Solo allí, a 120 grados centígrados, sentados en una banca de pino fragante, se encontraban en «el único sitio sin micrófonos ocultos en toda la ciudad». No nos queda duda de que treinta años más tarde, al propio autor de *Crónica de una muerte anunciada* le dieron su seguimiento —discretico, pero pertinaz— en su casa habanera del reparto Siboney. Tal vez algún día se sepa, tal vez no, pues las revoluciones no confían ni en sus muertos.

De manera que la reacción final de Jorge Edwards cuando tocó suelo español y se apareció de madrugada en el apartamento barcelonés de Mario Vargas Llosa queda sobradamente justificada. «¡No habrá micrófonos aquí!» —exclamó el chileno mientras escudriñaba en los rincones.

Desde su «estado de inocencia pre policial», concluye Edwards, su amigo soltó una carcajada en medio de la noche fría de finales de marzo. «Quizás era yo el deformado por la experiencia, mientras él mantenía el equilibrio».

Precisamente una de las funciones del micrófono, de quien lo escucha del otro lado del hilo, de quien ordena que se active el botón de encendido y de quien toma medidas al respecto, es romper ese equilibrio que necesitamos para seguir viviendo.

«Después de salir de Cuba —leemos al inicio de *Persona non grata*— me he pasado semanas atando cabos. Mucho de lo que parecía accidental ha encontrado un sentido a menudo siniestro». En efecto, desde el lejano 1961 todo había sido concebido para atentar contra la soñada República de las Letras cubana: la censura al corto *PM*, el fin de *Lunes de Revolución*, las reuniones en la Biblioteca Nacional... Cuando por segunda vez Edwards llega a La Habana, a finales de 1970, y es conducido esa misma tarde a presenciar un discurso de Fidel Castro, la República de los aedos, esta dama antiquísima, hace rato que es un caparazón perversamente penetrado, asaeteado, por un sinfín de micrófonos. La Nación está en vías de ser reevangelizada. Y Edwards estorba: es la mosca en la leche.

De ahí esta idea de que forma parte de los conjurados, de quienes —tanto desde el extranjero, como en el interior del país— ven las cosas de otra manera, y a la vez son escrutados por una especie de ojo de brujo omnipresente. Treinta años después, en un lúcido balance sobre los tejemanejes de la izquierda mundial a finales de los sesenta e inicios de los setenta, titulado «*Persona non grata*: Prólogo para generaciones nuevas» (*Letras Libres*, febrero de 2001), el chileno se refería a quienes estaban claros de «la atmósfera represiva de las sociedades comunistas» como «una minoría ínfima, sospechosa por definición, que tenía necesidad de esconderse y de funcionar como masonería, como sociedad de iniciados».

Encima de estos confabulados contra la grandiosidad de la Revolución Cubana se había erigido, pues, el empeño de una entidad de inteligencia que combinaba tanto la reeducación del espacio intelectual natural (Herberto Padilla regañado por Haydée Santamaría en su propio despacho de la Casa de las Américas, Fausto Canel tutelado, supervisado por Alfredo Guevara, mediante interminables sesiones nocturnas de persuasión en su oficina del ICAIC, entre otros...), como la acumulación de datos, nimios y trascendentales, sonoros, visuales y escritos, con el único fin de emplearlos en caso de necesidad y/o Razón de Estado para manipular el recorrido personal de una persona, y con él también la Historia. Suerte de inducción genética, casi siempre en secreto, del corpus de una Nación.

Jorge Edwards se anticipó, vio como nadie antes esta situación, y sobre todo la llevó a la página en blanco, a modo de apuntes diarios que de manera infantil escondía en algún sitio supuestamente seguro de su habitación, en un estante para la ropa, detrás de una maleta vacía, que meses más tarde convirtió en libro, en testimonio de la abyección y, a la vez, en vector de un mal mayor, de una enfermedad: la paranoia. Por su afán de no callar y de pretender hacer letras con su propia miseria, el escritor era consciente desde entonces de que resultaba «materia disponible para la destrucción o el suicidio».

Esto explica que a lo largo de todo su libro esperemos entrar de golpe al ambiente de la lámpara baja que se bambolea en el centro de una habitación pequeña e impersonal, donde hay una mesa y dos sillas frente a frente, una para quien lanza preguntas pugnaces o incluso amables («no creerías cuán difícil es evitar responder preguntas amables», aclara el checo Ludvik Vaculik en «Una taza de café con mi interrogador»), y otra silla para quien mueve insistentemente su nuez de Adán e intenta disimular que su garganta no ha dejado de convertirse en un entramado de piedras secas que chirrían... Hay nervios, pues, en este libro, aunque sepamos que al escritor chileno lo protege una supuesta inmunidad diplomática, aunque estemos conscientes de que han transcurrido más de cuarenta años de aquellas peripecias, aunque esté más que claro que Edwards regresó a París y que, gracias a la reacción de Pablo Neruda y al poco hierro que le puso al fin a su caso el canciller chileno, Clodomiro Almeyda, nunca fue amonestado ni reubicado por el gobierno de Allende en un consulado del desierto de Gobi, como cree Edwards que deseaba el alto mando cubano.

Quien sí conoció la celda aislada y el interrogatorio espeluznante fue el poeta Herberto Padilla, la otra pieza clave en este parteaguas entre la izquierda democrática y la izquierda totalitaria que tiene entre sus antece-

dentés más sólidos el apoyo de Fidel Castro a la entrada de los tanques soviéticos en Praga, en agosto de 1968. *La mala memoria* es otro de esos libros atestados de micrófonos y de suspicacias que los estados policiales terminan generando.

Ya en Moscú, en el otoño de 1962, según relata, el poeta estaba consciente del «singular embrujo» de los países totalitarios, allí donde «hasta el sitio y la mujer con quien fornicas tienen una posteridad asegurada en los archivos policiales». Luego, tras su regreso de Praga, en 1967, Padilla encontraba en La Habana una ciudad «dominada por la reserva y por el miedo». Esa «moral de la sospecha» a la que se refiere —que Edwards calificará como «desconfianza generalizada»— sería comprobada incluso de labios de un probado comunista como Juan Marinello, cuando ese mismo año Padilla lo encuentra a la salida del Hospital Nacional. El hombre tenía 69 años y evidentes signos de nerviosismo. Aquel día le haría saber que sus viejos compañeros del Partido Comunista estaban siendo vigilados. Muchos eran críticos de los movimientos políticos y económicos trazados por Fidel Castro desde la punta de la pirámide, pero igualmente todos admitían que «Castro estaba al tanto de cada movimiento del viejo partido».

Idéntico peso tuvo el consejo que Padilla recibió de parte de Vitali Voroski, corresponsal del diario *Pravda* en La Habana, veterano de la Segunda Guerra Mundial, miembro del partido comunista soviético, pero sobre todo alguien que solía visitar a Raúl Castro con frecuencia. «Ten mucho cuidado de lo que hablas, ten mucho cuidado», le advirtió en plena Avenida del Puerto quien años después el escritor sospechaba que había sido un «importante agente de los servicios de inteligencia soviéticos». Por mucho que el cielo habanero fuera, como casi siempre, altísimo y despejado, libre de nubes, el lastre de la paranoia podía percibirse encima de todas las cabezas.

En fin, que la detención finalmente se produjo y Padilla permaneció sus treinta y siete días entre Villa Marista y el Hospital Militar; fecha tras la cual los micrófonos se mantuvieron encendidos. Al día siguiente de su excarcelación, el poeta corría hasta la casa de un José Lezama Lima aterrado, pero altamente claro sobre el don de la ubicuidad de la policía política en nuestros predios: «Ellos no tienen que pedir permiso para meterse en nuestras casas —replicó—. Están siempre dentro. Tú lo sabes».

Los ejemplos no faltan, porque estos son libros definitivamente policiales: desde la advertencia que les hiciera a él y a su esposa el ex Comandante y ex Ministro Alberto Mora, amigo íntimo suyo y de Cabrera Infante, pocos días después de su liberación, «Supongo que ustedes no hablarán nada en este apartamento»; hasta el denuedo con que Alejo Carpentier le

hablara, cervezas mediante, en un bar del hotel Habana Libre, consciente de que el contenido de su diálogo sería conocido sin demoras por la policía de las almas. Para Padilla, había sido definitorio que, para esa fecha, ya Carpentier, otro viejo militante con capacidad para flotar en varias aguas, fuera un hombre gravemente enfermo, «que en el mundo comunista es el único salvoconducto de valor».

«Habla bajo. ¡La policía se mete en todo!» —le aconsejó el poeta Enrique Lihn a Edwards durante su primera visita a La Habana, en 1968, según relató este último en una entrevista de 2006 con el diario español *El País*.

De manera que el micrófono —incluso el que deviene mental— ha quedado para nuestra historia nacional como ese punto diminuto que favorece la relación de poder que va del tirano hasta el poeta, penetrándolo, para luego domarlo o expulsarlo. La capacidad que este artilugio ha tenido para controlar y disciplinar a fieles, a díscolos y a visitantes reacios al adoceamiento merece páginas más austeras y puntillosas. Como se ha visto, Padilla sabía de la eficacia y la omnipresencia de los micrófonos, pero una especie de *hybris* lo condujo a desoír los consejos que le llegaban de todas las partes del bosque. Y una bestia atroz no dejaba de observarlo.

«Echo de menos tu corrosivo labio, tu constante irritar, tu voz insoportable, tus insultos». Que estas palabras provengan de la sensibilidad de Calvert Casey, en carta enviada de La Habana a Moscú en febrero de 1963, resulta un marcador de peso si pretendemos configurar un retrato del poeta que más encuentros tuvo con Jorge Edwards durante aquellos tres meses y medio; el mismo que se retrató a sí mismo como «el terco polichinela» del que el chileno no podía despegarse.

El Heberto Padilla que es retratado por Edwards en *Persona non grata* es casi siempre el mismo que otros testigos de aquellos años han evocado. «No hables nada. No confíes en nadie —cuenta el chileno que le aconsejó Padilla—. Ni siquiera en mí. Pueden sacarme la información en cualquier momento». A lo que el diplomático agrega: «Por lo visto, Padilla conocía la situación y se conocía, además, a sí mismo. Él no resistió mucho tiempo la embestida policial».

Cuarenta años más tarde, Edwards evocaría el consejo que le había dado el viejo Neruda: «Mira, está muy bien estar en un hotel de Moscú, tomar copas. ¡Pero no hables, es muy peligroso!».

De cualquier manera, poco había que agregar, como confesión, a la hora de los interrogatorios. Los micrófonos, las cámaras y los informantes habían hecho ya su abnegada labor. Solo quedaba conducir al poeta bocón al simulacro de ergástula y abrir las ventanas para que el gremio escuchara.

El propio Padilla no tuvo reparos al transcribir lo que el subteniente Álvarez le dijo cuando le anunció su inminente liberación: «...se ha llegado a la conclusión de que tú eres un comemierda con ínfulas de grandeza. Toda tu prepotencia verbal es flojera. Te gusta la guerra, pero le tienes miedo a las balas».

Con otras palabras, Edwards tiende a coincidir esta vez: «Padilla era muy temperamental, tendía a ser escandaloso —apuntó en el citado diálogo con *El País*—. Era una persona deslenguada, imprudente, muy divertido, y era un ser absolutamente solitario e inofensivo».

Pero sucede que la Razón de Estado nunca tuvo ojos, ni siquiera antes de dejarlo partir al exilio, para calibrar cuán inofensivo era en realidad este escritor. Muestra de ello son las palabras de Castro cuando lo citó al Palacio de la Revolución a inicios de 1980. «No pienses que te está esperando la felicidad en el extranjero —advirtió entre conciliador y amenazante—; con ese exilio tú nada tienes que ver. Acuérdate lo que le pasó a Nikolái Berdiáev cuando salió de la URSS. (...) Lenin entendió más a su adversario Berdiáev que los exiliados rusos que lo esperaban cuando el Gobierno soviético le pidió que se fuera a París. Era un temperamental que no entendió la Historia... como tú».

Un rato después, Castro evocaba la figura de Jorge Edwards, intentaba poner a pelear a los dos amigos escritores: «Ahí tienes a Edwards —prosiguió—. Elogiaba tu personalidad difícil y hasta caprichosa y te consideraba un revolucionario. Después escribió un libro que le dio toda la razón a la Seguridad del Estado, que, en definitiva, fue más generosa contigo y con los demás que él».

Ahí estaba la evidencia: ¡el libro había sido leído! Por algún conducto, el comandante se había hecho comprar aquella primera edición de Seix Barral. Podemos imaginar la posición del librito en la mesa de luz, los garabatos con que fueron decoradas algunas de sus entradas, las malas pulgas con las que se levantara de la cama tras haber leído algunas de sus páginas. Sin embargo, salta a la vista la lectura que el líder le daba al tratamiento falsamente generoso que la Seguridad del Estado le había dedicado al poeta para atajar su *hybris*. Sobre esa misma cuerda de *descafeinamiento* de la represión, muchos años después el Ministro de Cultura, Abel Prieto, argumentaba para el diario español *La Razón* que, en otro país que no fuera la Cuba revolucionaria, los disidentes habrían aparecido «asesinados en una cuneta».

Lo cierto es que la actitud de Heberto Padilla lo llevó a convertirse en pasto ideal para micrófonos y allanamientos. Cuenta Edwards que cuando

subía a su *suite* en uno de los pisos altos del Hotel Riviera, donde «las cabezas de los micrófonos podían estar orientadas hacia nosotros desde los cortinajes y los candelabros, concebidos como un decorado de Hollywood», Padilla podía llegar a levantar la voz, a dirigirse a los supuestos micrófonos y a increpar a quienes se encontraran del otro lado del hilo: «¿Escuchaste, Piñeiro? Y toma nota de que aquí estaba X., que guardó silencio pero no discrepó de lo que decíamos. ¿Me entiendes?». «La indiscreción y la egolatría de Padilla —concluye el chileno— se habían tornado francamente peligrosas».

Por su parte, Norberto Fuentes, otro testigo de la época, ha considerado a Padilla como «un hombre equivocado», según una entrevista concedida en marzo de 2013 al diario chileno *La Tercera*. De acuerdo con este escritor, de triste paso por las letras cubanas y bajo las sombras del más alto poder, «desde el 67 [Padilla] quiere crear polémicas. Quiere convertirse en una fuerza de poder en la cultura cubana». Al decir de Fuentes, Fidel no pretendía mantener mucho tiempo a Padilla en la cárcel, bastaba con poner las cartas sobre la mesa y definir quién era quién en el juego. «La represión en Cuba es utilitaria, no tiene sed de sangre —puntualiza—. Además, sabía quién era Padilla: en los expedientes secretos se llamaba el Caso Iluso. Eso era Padilla, un iluso».

Otro testigo, Hans Magnus Enzensberger, uno de los más notables *fellow travelers* que pasaron por La Habana y por los campos de caña donde se construía el comunismo, ha retratado a Heberto Padilla en su libro *Tumulto* como «nuestro huésped preferido», un hombre de «carácter sorprendentemente alegre y desenvuelto que oscilaba con gran facilidad entre la seriedad y el cinismo... ».

Como mismo el alemán había criticado la «faceta exhibicionista» del poeta ruso Evgueni Evtushenko, ahora veía en su par cubano a un ser que «pasaba risueñamente de las preocupaciones de sus colegas de oficio, como si a él no pudiera sucederle nada grave»; algo que Edwards no deja de señalar en su testimonio.

A esa alegría eufórica se refirió también el español José de la Colina en una crónica que publicara en la revista *Letras Libres* dos meses después de la muerte de Padilla; de ahí esa imagen de desbordamiento que nos va quedando. De la Colina piensa que el cubano, «en lugar de emboscarse, cada vez actuaba con más desfachatez, diciendo lo que pensaba en cualquier parte, en cualquier momento y hasta con un humorístico exhibicionismo oral».

La suerte estaba, pues, echada. Fidel Castro jugaría a su antojo con el cuerpo, las neuronas y la simbología del poeta caído en desgracia, «muñeco parlante», al decir del escritor español.

Todo lo anterior tal vez sirva para imaginar a aquel Heberto Padilla exuberante que Edwards describe «sobreexcitado, enloquecido» durante las dos semanas que los mecanismos de la cultura —y obviamente la Seguridad del Estado— le obsequiaron en el Hotel Riviera con motivo de su casamiento con la escritora Belkis Cuza Malé. Era el último paso: para facilitar las cosas, esa «mano oculta» a la que se refiriera el chileno lo había colocado a solo un piso de distancia, y con todo el tiempo del mundo (y los micrófonos) para redondear su expediente.

«Su condena fue cuidadosamente preparada con efecto retardado», sentenció Edwards en su artículo «Disidente despistado», publicado en *El País*, en diciembre de 2014. Aquel «ser desesperado y autodestructivo», como se califica Padilla en *La mala memoria*, quedaba listo para ser hervido en el caldero de la Historia. Fidel Castro, y luego la izquierda de todos los recodos, trabajaron una imagen de Padilla enfermo, contaminado, la misma que vislumbró su amigo Evtushenko hacia 1962: «Creo que te has ido enfermando lentamente, y me preocupa...», le confesó el soviético en un murmullo. En efecto, su estancia en Moscú había sido definitiva.

Padilla sucumbió a una agenda premeditada por el alto mando cubano y sus servicios de inteligencia: expulsar a un diplomático mirón e incómodo, enviar señales de humo al allendismo, a quien Fidel Castro intentaba adocinar, y de paso, tras «sacar del aire» a uno de los intelectuales cubanos de mayor calado en el país, definir el *who's who*, y a cada cual leerle las tablas de la nueva ley. Cualquier atisbo de ligereza que haya podido ser malentendido, adentro y afuera, sería definitivamente apagado, muy pocos días después, con el Primer Congreso de Educación y Cultura. Empezaba lo peor.

Lo interesante, tras la lectura de los libros de Edwards y de Padilla, será entonces constatar a través de sus propios protagonistas el modo en que se había producido en aquellos años iniciales una relación de fricción y dependencia, celo y deseo, entre la intelectualidad y el punto medular del poder. Cuando en 1984 quedaba para la Historia la famosa secuencia de fotos de Fidel Castro junto a Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y Vicente Feliú en uno de los salones de la Casa de las Américas, y cuando en pleno y eufemístico Período Especial se supo que el caudillo celebró su cumpleaños en la casa del poeta Pablo Armando Fernández —ya para siempre redimido por la Revolución— no se estaban produciendo sino aislados fognazos de una práctica que durante los doce años siguientes a 1959 era habitual y que algunos analistas han interpretado erróneamente como un idilio: la del cuidado suspicaz y meticuloso que el líder tenía hacia la cultura, específicamente hacia la literatura; y que con los años fue transferido a otros gestores/censores de segundo nivel.

«¡Otro escritor!» —cuenta Edwards que exclamó Fidel Castro cuando indagó sobre el oficio de Cristián Hunneus, uno de los presentes en el encuentro que se produjo en la sala privada del capitán del buque *Esmeralda*, de la armada chilena, en pleno puerto de La Habana, en febrero de 1971. Ya para esa fecha el comandante estaba advertido por los servicios secretos de las actividades «*extracurriculares*» de Edwards —el diplomático lo había notado en su saludo de «extremada frialdad»— por lo que este gesto denota su incomodo ante una *intelligentsia* —nacional o extranjera, eso da igual— poco dócil, que unas veces se le atraganta, otras se le escurre.

El mejor ejemplo de ese escurrimiento del escritor por las entretelas del poder lo muestra la escena de *La mala memoria* en la que un reducido grupo de amigos se reúne en la casa de Lezama Lima, en presencia de un oficial de la Seguridad del Estado, para ultimar los detalles de la representación que el propio poeta recién excarcelado debía llevar a cabo ante sus colegas en la antigua cochera de la mansión del banquero Juan Gelats, sede entonces y ahora de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

«El oficial se movía incómodo en el asiento —cuenta Padilla—. Era obvio que estaba perdiendo la paciencia. Lezama había asegurado que aceptaba, como el resto de nosotros, el espectáculo de la autocrítica, pero le hurtaba el cuerpo a las preguntas del oficial, se envolvía en metáforas, en alusiones que iban desde los ángeles negros de William Blake hasta la casa filosófica (era la expresión que usaba) de George Simmer; siempre encontraba el modo de convertir la entrevista en una forma de anularla».

Por supuesto que aquel otro hombrecito entrenado para ver enemigos por doquier y para hacerles frente con cualquiera de las armas posibles no contaba con el denuedo verborreico de un poeta, ni con la trama embrollada de un fabulador. Lezama Lima representaba el modelo de escritor que más incómodo se volvía ante el micrófono, el interrogador, el censor. De tan *gordo* y anacrónico, de tan espeso, de tan tupido, resultaba el más difícil de domeñar.

«Yo a usted no lo entiendo» —exclamó el oficial aquella mañana. «Ni yo a usted» —replicó Lezama—. «No creo que tenga más de treinta años y ya disfruta del poder suficiente para ponernos en la picota. Usted es el poder del estado, oficial»; tras lo cual, el indignado soldado abrió la cremallera de su cartera, extrajo una grabadora, accionó el botón de encendido y dejó escuchar una de las grabaciones que se le habían realizado al autor de *Enemigo rumor*. «Es doloroso que todos los gobiernos de este país hayan encontrado en los escritores sus enemigos», concluyó el poeta.

—¿Qué le parece? —ironizó el represor, tras haber apagado la máquina.

—Un día las conversaciones de sobremesa, y hasta los espasmos de los amantes, se convertirán en figura de delito político —concluyó el otro—. (...) Usted me tiene en sus manos.

Este mismo tono de desprecio y recelo por parte de la jerarquía revolucionaria hacia la institución letrada, que se hiciera visible en las tempranas reuniones en la Biblioteca Nacional, en junio de 1961, lo experimentó Edwards en su encuentro final con Fidel Castro, y lo comprobó Heberto Padilla ante el mismo personaje, cuando el poeta fue trasladado al Hospital Militar, «con una cicatriz sangrante aún en la frente», un poco antes de su liberación.

«Salgan todos y esperen en el pasillo», cuenta que gritó el comandante. Sostenía en sus manos el espeso *file* de su caso. Más que diálogo, la escena incluyó todo un monólogo y el cruce de dos miradas huidizas. Lamentablemente Padilla no se extiende aquí lo suficiente, no abunda —ignoramos por qué—, aporta muy poco a nuestro propio relato de la Revolución —y ya sabemos, desde tiempos de Danton y Robespierre, lo significativamente tristes que son los silencios para entender este tipo de fenómenos.

Al decir del poeta, el gobernante se limitó a explayarse, a «cagarse en toda la literatura del mundo», y obviamente en los escritores, ¡en todos!, «que en este país no han hecho nunca nada por el pueblo, ni en el siglo pasado, ni en este; que están siempre trepados al carro de la Historia...».

Fidel Castro hacía uso aquí de uno de sus términos predilectos a la hora de denigrar a quienes se separaban del curso caprichoso de sus designios: el del carro de la Historia. Concebido por Carlos Marx, retomado por Iósif Stalin en *El marxismo y la cuestión nacional*, de 1913, el cubano lo utilizaría del 2 de enero de 1962, en la Plaza de la Revolución, en su discurso por los tres años de la toma del poder. Entonces decía: «Como uno de esos tanques que avanzaba por ahí, ¡como uno de esos tanques es la Historia!, y sobre el carro de la Historia marcha la Revolución Cubana, y bajo el carro de la Historia quedará aplastado el imperialismo, el colonialismo, y la reacción en todo el mundo».

A estos últimos, como era de esperar, se sumaban también los intelectuales críticos del proceso. «En nuestros países —le espetó el mismo Castro a Jorge Edwards, durante la ceremonia de despedida del buque chileno *Esmeralda*— siempre había un poeta que no había tenido nada que ver con la Revolución y que más tarde se subía al carro desde afuera, y componía el himno nacional».

Unos días después, aquella medianoche del invierno nacional, mientras Heberto Padilla pasaba sus primeras horas detenido en la sede nacional de

la Seguridad del Estado y Edwards era citado para la oficina del canciller Raúl Roa, el propio comandante lanzaba al aire una pregunta retórica y reveladora: «¿Y usted cree que hay verdaderos poetas en Cuba?». El despotismo revolucionario llegaba, pues, a su pináculo.

«La razón de Estado y la poesía se contradicen», le había adelantado el chileno. «El socialismo tendrá que aprender a convivir con los escritores», remataba, consciente hasta la médula del sembrado de micrófonos que habían dado testimonio de sus pasos en medio de aquel «socialismo policial» sobre el que la izquierda mundial, «encerrada todavía en el zapato chino del maniqueísmo», no había querido reflexionar.

Cuando nueve años después, en marzo de 1980, Padilla es llamado al Palacio de la Revolución, Fidel Castro, al tiempo que se refiere a la autorización de salida del país, se lamenta de que el poeta no haya visitado los planes agropecuarios, las fábricas, ¡toda la obra de la Revolución!, una manera que el caudillo consideraba eficaz para tocar la fibra humana de los díscolos dentro de la tropa, para conminar una vez más a los poetas a que se subieran en el inexorable carro de la Historia; exactamente el mismo ardid que no pocas religiones habían empleado para coaccionar a fieles y castigar a impíos: esta vez el Paraíso tomaba la forma de un vehículo en movimiento... Más allá de los eufemismos, se trataba, de manera concreta, del mismo castigo solapado pero ejemplarizante que se le impusiera en 1972 al ex comandante Alberto Mora, tras una carta crítica sobre la detención de Padilla y sobre los manejos del gobierno en materia de represión a la intelectualidad. Al también ex diplomático no le quedaba sino incorporarse a un plan agropecuario, convivir con el cubano de a pie y mantenerse lejos de los centros de poder. Defraudado de todo, en septiembre de ese año, Mora se pegaría un tiro en la sien.

Pero Jorge Edwards, acusado poco tiempo después de «intelectual burgués», sí había escudriñado en la realidad cubana, había visitado los planes productivos, megalómanos y delirantes, definitivamente inoperantes, del Líder Máximo, y, como era de esperar de un diplomático, había advertido a sus pares en Chile de lo delicado de una operación de calzado del sistema cubano para el recién nacido proceso encabezado por Salvador Allende.

De ahí su estado de cuerpo y espíritu cuando llegaba el *Esmeralda* a las costas cubanas y él podía acceder a ese pequeño espacio flotante de independencia. Edwards llega a preguntarse si hasta en el buque chileno ya habían sido colocados los micrófonos; una idea que desecha por extravagante, pero que da cuenta del calado que la sensación de «vigilancia policial continua» estaba teniendo en su fuero más íntimo.

Lo anterior explica el alivio que experimentara entre aquella «marinería ingenua, sonriente» que pretendía confraternizar con la gente común en La Habana, y la actitud del capitán de navío Ernesto Jovet Ojeda, comandante del buque escuela, protagonista de la célebre escena en la que impidió a la escolta de Fidel Castro la entrada a su salón privado en el barco.

De estos cinco días, de acuerdo con el relato de Edwards, debería ser rotulada la escena en la que Castro, Jovet Ojeda y el propio diplomático-escritor se engarzan en un partido de golf en las exquisitas instalaciones de la aristocracia habanera, para luego realizar un recorrido por el faraónico Parque Lenin y terminar en una de esas granjas especiales en las que el Comandante encapsulaba sus pretensiones ególatras. «Vamos a lograr un camembert mejor que el francés» —les anunció el Líder Máximo a sus invitados, en el mismo «proyecto de altos vuelos» al que Hans Magnus Enzensberger fuera igualmente conducido por esos meses.

De acuerdo con el alemán, en su texto «Recuerdos de un tumulto (1967-1970)», unos días después de aquella expedición hacia la utopía, él y su esposa, la soviética María Makárova, recibirían en su habitación del Hotel Nacional un camembert en forma de tarta, «esmeradamente embalado», que tras 24 horas había perdido todas las características de lo que ha sido concebido para la ingestión humana. «La fabricación de esa exquisitez —re-mata Enzensberger— debió costar lo que cuesta un tractor nuevo».

Aquella jornada de golf y de exhibicionismo revolucionario se cerraba con la imagen de unos «cafetales raquíticos, abandonados», a los que el comandante no hizo referencia alguna, tristes vestigios de uno de sus más recientes proyectos para el desarrollo, el célebre Cordón de La Habana.

Por último, quedará en la retina del escritor chileno la lectura que oficiales y marineros del *Esmeralda* realizaban de la realidad cubana y la sensación de temor que dejaba, incluso en aquellos jovencitos salidos de las clases menos pudientes, de cara a los cambios que se estaban produciendo en Chile.

Fue entonces que, el día de la partida del buque, se apareció nuevamente el comandante —especialmente interesado en la atención a los chilenos— e hizo balance de los manjares, las naranjas, los tamarindos, los enormes quesos y hasta los camarones gigantescos con que había ordenado habilitar las recámaras de la cocina del navío, una manera de agasajar a los visitantes y de recordarles su sana hospitalidad cuando se encontraran nuevamente en altamar.

Pero otra era la imagen que partía con ellos cuando enfilaron por el Puerto de La Habana. Aquella ciudad visitada entregaba a los tripulan-

tes del *Esmeralda* «un espejo poco halagüeño de lo que podía ser el Chile socialista que proponía el compañero Allende». Era la misma Habana de bolsa negra y rostros ajados que descubriera Cabrera Infante cuando vino a por su madre muerta; la misma Habana «dominada por la reserva y por el miedo» a la que Padilla se enfrenta tras su regreso de Praga en 1967; la Habana «decadente», cuyos solares son equiparados por Enzensberger con el Barrio Español de Nápoles y con las *kommunalkas* soviéticas que tan bien conoce.

Jorge Edwards tiene noticia entonces de que los guardiamarinas se habían extrañado de aquellos regalos cortesianos, vistos desde entonces «como expresiones de un poder excesivo», injustificado, en medio de tantas carencias. En aquel momento —y así lo deja signado en su libro— el escritor habría dado un brazo con tal de poder zarpar con los suyos hacia un mar igualmente revuelto, pero lejos de políticos, de diplomáticos, de micrófonos.

Pero no. A Edwards le tocaba regresar a sus funciones, constatar el retorno de la suspicacia en el trato que el Máximo Líder había determinado para él, percibir las cabezas de los micrófonos —incluso los mentales— apuntando hacia sus labios. Su ámbito dejaba de ser el de las degustaciones de camembert criollo, el de los camarones principescos o el de los faisanes del Escambray con que en 1966 se había agasajado al periodista mexicano Mario Menéndez, director de la revista *Sucesos*, al inicio de la primera gran exclusiva que Fidel Castro concediera a un medio de prensa latinoamericano. La Revolución le retiraba su acceso a la exclusividad verde olivo, lo empujaba con una patada del carro de la Historia, multiplicaba sus retratos como el réprobo al que hubo que vigilar por sagrada e imperiosa salud pública. A poco de zarpar el *Esmeralda*, con sus marinos y sus camarones, Edwards recibiría indicaciones del gobierno de Allende para que hiciera las maletas. «Sabía vagamente de la existencia de la máquina —apuntaría luego— pero lo que yo no sospechaba era su extraña sutileza».

¿Y en cuanto al libro mismo? ¿Dónde está, pues, la adenda? ¿En qué archivo polvoriento se encontrará ahora mismo el expediente del «caso Jorge Edwards», ese libelo que complementarí, que redondearía el libro que conocemos como *Persona non grata*? ¿Qué nombre le habrán dado los diligentes escrutadores de vidas al caso del diplomático y escritor chileno? ¿Acaso *Operación Camarón*?

Si algo le falta a este libro es su contraparte secreta, su manual para el uso, el detalle de sus entrelíneas, las fotos que le fueron tomadas a Edwards a la salida del Hotel Habana Riviera, en la entrada deslavada del edificio

de clase media de alguno de sus amigos escritores; las medallas, secretas o no, que les fueron concedidas a los mejores informantes; las fotos del que el chileno no podía despegarse, la de Lezama Lima, pastosa, tras relamerse durante la suculenta comilona de un pavo asado, el murmullo de Pablo Armando Fernández de camino a la cinemateca...

Porque aquí todo es posible. Como mismo fantaseó Edwards en el apartamento barcelonés de Vargas Llosa apenas aterrizó en Europa, los micrófonos podrían haber estado en todas partes: en los soquetes de las lámparas de la *suite* que le servía de oficina en un hotel frente al mar, en el taxi que por momentos el diplomático tomó sin pensarlo dos veces donde años más tarde fuera erigida la luminosa Fuente de la Juventud; en el bolsillo coaccionado de cualquiera de los escritores díscolos con los que charlaba con frecuencia, y hasta en ese hoyo trasero de un pavo crudo y desmesurado para los tiempos que corrían, a través del cual era introducido —como apunta con asombro— «un instrumento arcaico, como de lavativas medievales», cargado de jugos y condimentos.

Lo más razonable a estas alturas sería seguir pensando que aquellos camarones principescos con los que se quería adornar la abulia y el estado de control ante los visitantes del *Esmeralda* también llevaban cada uno sus propios microfonillos en su interior, en esa tripa exigua e inofensiva por donde, en algún momento, corrió la savia y el desecho, la sangre y el excremento.

MANUEL BALLAGAS

LA CONFESIÓN*

La confesión era larga, como de tres o cuatro páginas mecanografiadas a un espacio, y él no quería firmarla.

Del otro lado de la mesita, el teniente le tendió el bolígrafo chino.

—Fírmala, Manolito, que te conviene —le dijo.

—¡Pero si todo es una mentira! —protestó él.

Lo acusaban de traición, sabotaje, mantener correspondencia con escritores extranjeros y difamar a las madres de varios dirigentes de la Revolución.

—¿Y tú crees que nosotros traemos a alguien aquí por gusto? —preguntó el teniente, alzando la voz— ¿Que el Alto Mando no se documenta muy, pero muy bien, antes de mandar a los compañeros a buscarte? ¿Tú crees que somos comemierdas?

—No voy a firmar una mentira, no puedo —repuso él.

—Te vas a poder aquí, por mi madre —dijo el teniente.

Manolito se encogió de hombros y miró hacia otra parte. El aire acondicionado se disparó entonces. De pronto, sintió mucho frío y se erizó de pies a cabeza. También tembló un poco. El mono sin mangas que vestían los detenidos hacía que cualquier cambio de temperatura se sintiera el doble.

—Yo nunca hice ningún sabotaje —dijo al fin—. Tampoco soy traidor. ¿No pueden quitar eso por lo menos?

—No se puede —dijo el teniente con firmeza—. Pero no te van a echar más años por eso.

* Este texto forma parte del libro de relatos *Malas lenguas* (2012).

—¿Usted cree?

El teniente le tendió otra vez el bolígrafo. Manolito lo tomó y pasó revista a las páginas, como si no las hubiera leído nunca. Eran un montón de cargos. Había incluso algunos nuevos.

—¡Cuánta exageración! —exclamó, después de leerlos.

El teniente se cruzó de brazos y sonrió, viendo cómo empezaba a firmar al pie de cada hoja.

—La verdad siempre suena exagerada —dijo.

ÍNDICE

Prólogo	9
1959-1979	29
Félix Luis Viera, <i>Impala</i>	31
Juan Abreu, <i>Prólogos</i>	35
Gerardo Fernández Fe,	
<i>Edwards, Padilla, los micrófonos y los camarones principescos</i>	41
Manuel Ballagas, <i>La confesión</i>	57
José Fernández Pequeño, <i>De vez en cuando la vida</i>	59
Los ochenta	67
Mariela Brito, <i>Departures</i> (fragmento)	69
Miguel Correa, <i>Una mujer decente</i>	73
Roberto Uría Hernández, <i>Infórmese, por favor</i>	76
Ronaldo Menéndez, <i>La isla de Pascali</i>	79
Raúl Aguiar, <i>Concierto</i>	96
Verónica Pérez Kónina, <i>Carta de agradecimiento a los censores</i>	105
Alexis Romay, <i>Diario (o esporádico) de apuntes</i>	125
Atilio Caballero, <i>Honecker en la campiña</i>	133
Francisco García González, <i>Rubén</i>	157
Carlos A. Aguilera,	
<i>Nuevas revelaciones sobre la muerte de mi padre</i>	167
Antonio José Ponte, <i>El verano en una barbería</i>	176
Los noventa	189
Manuel Díaz Martínez, <i>La Carta de los Diez</i>	191
María Elena Cruz Varela, <i>La teniente y los libros</i>	201
Rolando Sánchez Mejías, <i>Hasta que la delación te alcance</i>	206
María Elena Hernández, <i>El poema de Toni Miret</i>	207
Amir Valle,	
<i>Seres ridículamente enigmáticos con nombres simplones</i>	210
Orestes Hurtado, <i>El cabrón rampante</i>	219
Karla Suárez, <i>Ganas de volar</i>	222

Abel Fernández-Larrea, <i>Un día en la vida de Daniel Horowitz</i>	232
Mabel Cuesta, <i>El apellido</i>	247
Idalia Morejón Arnaiz, <i>Nueva arquitectura con filosofía (in)segura</i>	250
Manuel Sosa, <i>Interrogatorio con música de fondo</i>	256
Odette Alonso, <i>Posconceptual</i>	261
Cesar Reynel Aguilera, <i>Mississippi tres</i>	264
Ernesto Santana, <i>Opusculo</i>	270
Después del dos mil	277
Ángel Santiesteban, <i>Los hombres de Richelieu</i>	279
Jorge Ángel Pérez, <i>Cuando el miedo hace luchar por la esclavitud</i>	288
Ricardo Arrieta, <i>Tan lejos como puedas ver</i>	291
Norge Espinosa, <i>Memoria de un teléfono descolgado</i>	302
Lien Carrazana Lau, <i>Con medallas en los ojos</i>	309
Joel Cano, <i>El agente Vladimir</i>	311
Michael H. Miranda, <i>Las hienas del Capitolio. Algunas escenas en la caverna de los horrores</i>	329
Polina Martínez Shvietsova, <i>Espacio profundo</i>	335
Francis Sánchez, <i>El edificio de las letras</i>	339
Daniel Díaz Mantilla, <i>Cállate ya, muchacho</i>	345
Jorge Fernández Era, <i>Lengua</i>	352
Jorge Olivera Castillo, <i>Germán no es un fantasma</i>	354
Alberto Garrido, <i>En el país que Dios quiera</i>	359
Carlos Michel Fuentes, <i>El informe Ginger</i>	371
Gleyvis Coro Montanet, <i>Un otro Getsemaní</i>	379
Jorge Bacallao Guerra, <i>Universos paralelos</i>	381
Jorge Enrique Lage, <i>Archivo</i>	388
Legna Rodríguez Iglesias, <i>Monstruo</i>	391
Raúl Flores Iriarte, <i>Exclusoria</i>	397
Damaris Calderón Campos, <i>La isoletta</i>	402
Luis Felipe Rojas, <i>«Roldán» es un nombre de cabrón</i>	404
Ahmel Echevarría, <i>Desayuno</i>	408
Orlando Luis Pardo Lazo, <i>Nada de «compañeros»</i>	410
Yoss, <i>Mi comisario del otro mañana</i>	416
Jorge Ferrer, <i>El co. que me atiende</i>	432
Rafael Almanza, <i>Controversia con el compañero que nos atiende</i>	438
Nestor Díaz De Villegas, <i>Cargaré con la cruz del compañero</i>	447
Los autores	451

